

EL AMOR DE UNA MUJER GENEROSA

Hace ya dos décadas que existe un museo en Walley dedicado a la conservación de fotografías y mantequeras y arreos de caballo y un viejo sillón de dentista y una rudimentaria mondadora de manzanas y otras curiosidades tales como los pequeños aisladores de porcelana y vidrio que solían utilizarse en los antiguos postes telegráficos.

También se conserva allí una caja roja sobre la que se puede leer: D. M. WILLENS, OPTOMETRISTA; y junto a la caja una pequeña placa con la siguiente leyenda: «A pesar de que esta caja de instrumentos de optometrista no es muy antigua, guarda un considerable interés local, ya que perteneció al señor D. M. Willens, quien en 1951 pereció ahogado en el río Peregrine. Es de suponer que la caja, que se salvó del fatal accidente, la recuperó el mismo donante anónimo que más tarde la legaría a este museo».

El oftalmoscopio recuerda a un muñeco de nieve. Al menos la parte superior, la parte que está sujeta al mango hueco. Un disco grande, con otro más pequeño encima. Un agujero en el disco grande por el que mirar mientras las distintas lentes se van alternando. El mango pesa porque aún conserva las pilas. Si se quitasen y se insertase una vara con un disco en cada extremo, se podría enchufar a un cable eléctrico; pero tal vez fuera preciso utilizar el instrumento en lugares donde no había corriente eléctrica.

El retinoscopio parece más complicado. Debajo del aro circular que se coloca en la frente hay algo que se asemeja a la cabeza de un elfo, de rostro plano y redondo y con un capirote metálico, inclinado

en un ángulo de cuarenta y cinco grados hacia una fina varilla sobre la que debería brillar un diminuto haz de luz. El rostro plano es de cristal, una especie de espejo oscuro.

Todo el aparato es negro, pero en realidad está pintado. En ciertas partes, allá donde el optometrista debe haberlo manoseado con mayor frecuencia, la pintura ha desaparecido, dejando a la luz destellos de un metal plateado.

I. JUTLAND

Aquel lugar se llamaba Jutland. Una vez hubo allí un molino y un pequeño asentamiento, pero a finales del siglo pasado todo aquello había desaparecido y, a fin de cuentas, el lugar nunca había llegado a ser gran cosa. Mucha gente creía que se llamaba así en honor de una famosa batalla naval librada durante la Primera Guerra Mundial, pero la verdad es que estaba en ruinas mucho antes de que se celebrara dicha batalla.

Los tres muchachos que llegaron allí un sábado a primera hora de la mañana a principios de la primavera de 1951 creían, al igual que la mayoría de los niños, que su nombre procedía de las viejas tablas de madera que sobresalían de la tierra de la ribera y de las otras estacas, rectas y gruesas, que formaban una empalizada irregular en las aguas cercanas. (En realidad, eran los restos de una presa construida antes de la época del cemento.) Las tablas y un montón de piedras usadas para los cimientos, una lila, unos cuantos manzanos enormes deformados por una enfermedad causada por los hongos y el somero lecho del caz del molino que se llenaba de ortigas cada verano eran los únicos signos de una existencia anterior.

Al volver de la carretera del pueblo había un camino, o más bien un sendero, que nunca llegó a cubrirse de grava y que figuraba en los mapas como una línea de puntos, una carretera apenas transitable. Sólo de vez en cuando pasaban por allí los coches de quienes en verano iban a bañarse al río o los de las parejas que por la noche buscaban un lugar para pasar un rato. El único tramo en el que se podía dar la vuelta se encontraba antes de llegar al caz, pero lo invadían tantas ortigas, pe-

rifollos y, en los años lluviosos, cicutas salvajes, que a veces los coches tenían que salir dando marcha atrás hasta la carretera principal.

En aquella mañana de primavera se veían claramente las huellas del coche junto al borde del agua, pero los muchachos no se fijaron en ellas porque no pensaban más que en nadar; si es que a aquello se le podía llamar nadar: volverían al pueblo y contarían que se habían bañado en Jutland antes de que la nieve desapareciese.

Hacía más frío allí, río arriba, que en la ribera cercana al pueblo. Todavía no había una sola hoja en los árboles de la orilla: el único verde visible lo formaban los manchones de puerros en el suelo y las caléndulas de pantano frescas como la espinaca, que se extendían a lo largo de los arroyuelos que desembocaban en el río. Y en la ribera de enfrente, debajo de unos cedros, vieron lo que andaban buscando: un banco de nieve largo, a ras de tierra y tenaz, gris como las piedras.

Aún no había desaparecido.

Así que podrían saltar al agua y sentir el frío apuñalándoles como una daga helada. Dagas de hielo alzándose tras sus ojos y aguijoneando el interior de sus cráneos. Luego sacudirían unas cuantas veces brazos y piernas y por fin saldrían, tiritando y castañeando de dientes. Meterían sus entumecidos miembros en sus ropas y sentirían cómo sus cuerpos se recuperaban dolorosamente por la sangre palpitante y el alivio de haber convertido sus jactancias en algo verdadero.

Las huellas que no advirtieron atravesaban de lleno el caz del molino, donde nada crecía entonces, únicamente la hierba aplastada de color pajizo del año anterior. Atravesaban el caz y se dirigían al río, sin dar la vuelta. Los muchachos las pisaron. Pero para entonces ya estaban tan cerca del agua como para que les llamara la atención algo más extraordinario que unas simples huellas de automóvil.

Había en el agua una estela de color azul pálido que no era un reflejo del cielo. Se trataba de un coche volcado dentro del estanque, con las ruedas delanteras y el morro enterrados en el fango y el parachoques del maletero a punto de salir a la superficie. En aquellos tiempos, el azul claro era un color poco corriente para un automóvil, y su forma curvilínea tampoco era muy corriente. Lo reconocieron enseguida. El cochecito inglés, el Austin, era el único de su marca en el condado. Su

propietario era el señor Willens, el optometrista. Cuando iba al volante parecía un personaje de tebeo, porque era un hombre bajo aunque fornido, de hombros fuertes y cabeza grande. Daba la impresión de ir embutido en su cochecito como en un traje a punto de estallar.

El coche tenía una escotilla en el techo que el señor Willens abría cuando hacía calor. Ahora estaba abierta. Los muchachos no distinguían bien lo que había dentro. El color del coche daba nitidez al agua, pero ésta no era muy transparente y oscurecía cualquier cosa que no resplandeciera. Los muchachos se agacharon, luego se tumbaron boca abajo y asomaron sus cabezas, como si fueran tortugas, para intentar ver algo. Allí dentro había una cosa oscura y peluda, semejante al rabo de un animal grande, que sobresalía por el agujero del techo y se movía pausadamente en el agua. Enseguida se dieron cuenta de que se trataba de un brazo, cubierto por la manga de una chaqueta de tela gruesa y con pelusa. Les pareció que dentro del coche había el cuerpo de un hombre —tenía que ser el cadáver del señor Willens— en una posición extraña. La fuerza del agua, pues incluso en el estanque del molino era mucha la presión en esa época del año, debía de haberlo levantado del asiento, zarrandeándolo de tal forma que uno de sus hombros casi tocaba el techo y uno de sus brazos asomaba por fuera. Su cabeza debía de haber sido impulsada contra la puerta y la ventanilla del asiento del conductor. Una de las ruedas delanteras estaba más atrapada en el fondo del río que la otra, lo que significaba que el coche estaba inclinado tanto de un lado a otro como del morro al maletero. En realidad, la ventanilla debía de estar abierta y la cabeza asomándose para que el cuerpo hubiera terminado en aquella posición. Pero no podían verlo. Tenían la imagen del rostro del señor Willens tal y como lo habían conocido, un rostro grande y cuadrado que a menudo fruncía el ceño con aire teatral aunque nunca amenazador. Sus ralos cabellos rizados eran rojizos o dorados a la altura de la coronilla, y se los peinaba en diagonal por encima de la frente. Sus cejas eran más oscuras que su pelo, gruesas y peludas como orugas pegadas a los ojos. La cara ya de por sí les parecía grotesca, igual que les parecían grotescas todas las caras de los adultos, de modo que no les asustaba verla ahogada. Pero todo lo que alcanzaban a ver era aquel brazo y una mano pálida. Pudieron ver la mano con gran claridad una vez

que se acostumbraron a mirar a través del agua. Flotaba allí, trémula y vacilante, como una pluma, aunque su aspecto era tan sólido como el de la masa de pan y de lo más normal, una vez que te hacías a la idea de que estaba allí. Las uñas de los dedos parecían unas caritas pulcras, con su inteligente mirada de saludo, su sensato renegar de las circunstancias.

—Qué fuerte —dijeron aquellos chicos, cada vez con más energía y con un tono de creciente respeto, incluso de gratitud—. *Qué fuerte*.

Era su primera salida del año. Habían atravesado el puente sobre el río Peregrine, de doble arco y de una sola calzada, al que en el lugar llamaban la Puerta al Infierno o la Trampa Mortal, aunque lo peligroso de verdad era la curva cerrada de su extremo sur y no el puente en sí.

Había un arcén para los peatones, pero no lo utilizaron. Ni siquiera recordaban haberlo utilizado nunca. Tal vez hacía años, cuando eran pequeños y les llevaban de la mano. Pero para ellos aquel tiempo se había esfumado; se negaban a reconocer que existía, aun cuando les mostraban como prueba una foto o se veían obligados a escuchar anécdotas durante las conversaciones familiares.

Caminaron a lo largo del pretil de hierro que corría por el puente al lado opuesto del arcén. Tenía una anchura de unas ocho pulgadas y se elevaba aproximadamente un pie sobre el suelo del puente. El río Peregrine corría veloz con su carga de hielo y nieve, ahora derretidos, hacia su desembocadura en el lago Huron. Apenas cabía dentro de sus orillas después de las inundaciones anuales que transformaban las llanuras en un lago, arrancaban los árboles jóvenes y destrozaban cualquier bote o cabaña a su alcance. Con los residuos de los campos que la enfangaban y la pálida luz del sol sobre su superficie, el agua parecía un dulce de leche a punto de hervir. Pero si caías dentro te helaba la sangre y te empujaba al lago, y eso si antes no te habías partido la crisma contra las pilastras.

Los automóviles hicieron sonar sus cláxones como advertencia o reproche a los críos, pero éstos no les hicieron ningún caso. Siguieron adelante en fila india con tal decisión que se dirían sonámbulos. Luego, al llegar al extremo norte del puente, atajaron hacia las llanuras, en busca de los senderos que recordaban del año anterior. Las inundacio-

nes eran tan recientes que no resultaba fácil seguir aquellos senderos. Tenían que abrirse paso a patadas por entre la maleza aplastada y saltar de un montículo de hierba enlodada a otro. A veces saltaban de cualquier manera y terminaban aterrizando en el lodo o en los charcos residuales de las inundaciones, y una vez que sus pies se mojaban les era indiferente dónde cayeran. Chapoteaban en el lodo, chapoteaban en los charcos, y el agua entraba en sus botas de goma. Un viento cálido separaba las nubes en hilachas de lana vieja, y las gaviotas y los cuervos se disputaban el aire y se zambullían en el río. Los buitres revoloteaban sobre ellos, alerta desde las alturas; los petirrojos ya habían regresado, y los tordos de alas rojas se deslizaban lanzados en parejas, tan brillantes como si estuvieran recién pintados.

—Tenía que haber traído una veintidós.

—Tenía que haber traído una del calibre doce.

Eran demasiado mayores como para coger palos e imitar el ruido de los disparos. Hablaban con una especie de pesar despreocupado, como si siempre hubieran tenido armas al alcance de la mano.

Subieron por la orilla norte hasta llegar a un lugar arenoso sin vegetación, donde se suponía que las tortugas desovaban. Todavía era demasiado pronto para el desove, y en realidad la historia de los huevos de las tortugas se remontaba a muchos años atrás y ninguno de los chicos había visto ninguna. Pero pateaban y pisaban la arena, por si acaso. Luego buscaron el lugar donde el año anterior uno de ellos, junto con otro chico, encontró el hueso de la cadera de una vaca, arrastrada hasta allí por unas inundaciones que habían rebasado el matadero. Era cosa sabida que todos los años el río arrastraba y depositaba en cualquier lugar múltiples objetos sorprendentes, pesados, extraños o familiares. Rollos de cable, escaleras intactas, una pala torcida, una olla para el maíz. Encontraron la cadera enganchada a la rama de un zumaque, lo cual resultaba apropiado, ya que esas ramas lisas parecían cuernos de vaca o cornamentas de ciervos, algunas con las puntas cónicas herrumbrosas. Dieron tumbos de un lado a otro durante bastante tiempo, Cece Ferns les mostró la rama exacta, pero no encontraron nada.

Habían sido Cece Ferns y Ralph Diller quienes la habían encontrado, y cuando aquella mañana los otros muchachos le preguntaron qué había

sido del trofeo, Cece Ferns contestó: «Se la llevó Ralph». Los dos muchachos que le acompañaban —Jimmy Box y Bud Salter— comprendieron por qué lo había hecho. Cece nunca llevaría nada a casa a menos que fuera tan pequeño que pudiera pasar desapercibido a los ojos de su padre.

Hablaron de hallazgos más útiles que se podrían hacer o que ya habían hecho en años anteriores. Los postes de las vallas se aprovecharían para construir una balsa, y los trozos diseminados de madera, para hacer una choza o una barca. Con mucha suerte uno se podía encontrar algunas trampas sueltas para ratas almizcladas. En ese caso se podía ganar algún dinero. Sólo era cuestión de hacerse con unas tablas de estiramiento y robar los cuchillos de despellejar. Hablaron de asaltar un cobertizo vacío que conocían, situado en un callejón sin salida detrás de lo que había sido la caballeriza. Estaba cerrado con candado pero probablemente no sería difícil entrar por la ventana, llevarse las tablas por la noche y luego volver a colocarlas al amanecer. Se podía llevar una linterna para el trabajo. O aún mejor, un farol. Se podía despellejar a las ratas almizcladas, estirar las pieles y luego venderlas por mucho dinero.

Este proyecto se volvió tan real que incluso se comenzaron a preocupar por tener que dejar pieles tan valiosas en el cobertizo durante el día. Uno de ellos debería vigilar mientras los otros salían para inspeccionar las trampas. (Nadie mencionaba el colegio.)

Así hablaban mientras dejaban el pueblo atrás. Charlaban como si fuesen libres, o casi libres, como si no asistieran al colegio o no vivieran con sus familias, ni sufriesen ninguna de las humillaciones que les infligían por su corta edad. Como si el campo que les rodeaba y los lugares que eran propiedad de otros les proporcionaran lo que necesitaban para cualquiera de sus empresas y aventuras, sin apenas riesgo ni esfuerzo por su parte.

Otro cambio en su conversación, ahora que abandonaban el pueblo, era que casi dejaban de utilizar nombres. De todas formas no solían utilizar sus nombres verdaderos, ni siquiera los apodos familiares como «Bud». Porque en el colegio casi todos tenían un mote, unos relacionados con el aspecto de cada cual o con su manera de hablar, como por ejemplo Ojos Saltones o Cotorra, y otros como Culo Irritado o Jodedor de Gallinas, que guardaban relación con incidentes fabu-

lados o reales en las vidas de los que llevaban esos apodos o en las vidas —esos nombres se transmitían a lo largo de décadas— de hermanos, padres o tíos. Éstos eran los nombres que dejaban cuando salían al monte o al llano del río. Si querían llamar la atención de otro chico, se limitaban a decir «oye». Hasta el uso de calificativos escandalosos u obscenos, que se suponía que los mayores desconocían por completo, habría estropeado el sentido que tenía en aquellos momentos ignorar hábitos, familias y datos personales de cada cual.

Pese a todo, en el fondo no se miraban los unos a los otros como amigos. Lo suyo no era asignar el papel de mejor amigo o el de segundo mejor amigo, o establecer una jerarquía de amistades, como hacían las chicas. Se podría sustituir a cualquiera de los tres por cualquiera de entre al menos una docena de otros chicos, y los demás los aceptarían igualmente. Casi todos los miembros de la banda tenían entre nueve y doce años, demasiado mayores como para confinarse en los límites de sus patios o de sus barrios, pero demasiado jóvenes como para tener un trabajo, hasta para trabajos como barrer las aceras delante de las tiendas o hacer en bicicleta el reparto de la compra a domicilio. La mayoría vivía en el lado norte del pueblo, lo que significaba que les sería posible conseguir un trabajo de ese tipo cuando crecieran y que a ninguno lo enviarían nunca a estudiar a Appleby o al Upper Canada College. Y ninguno vivía en una chabola o tenía un pariente en la cárcel. De todas formas, había bastante diferencia entre cómo vivían en sus casas y lo que de ellos se esperaba en la vida. Pero esas diferencias se esfumaban tan pronto como perdían de vista la prisión del condado y el granero y las torres de la iglesia, y se dejaba de oír el repique del reloj de los juzgados.

Al volver caminaban deprisa. A veces iban al trote pero no corrían. Dejaron de saltar, de perder el tiempo y de chapotear en el agua; y los ruidos que hacían de camino al estanque, los pitidos y los aullidos, quedaron también de lado. Reparaban en los imprevistos regalos de la inundación, pero pasaban de largo. En realidad caminaban de regreso como lo habría hecho cualquier adulto, a un paso bastante ligero y siguiendo la ruta más razonable, sintiendo sobre sus hombros la respon-

sabilidad de a qué lugar dirigirse y qué pasos tomar a continuación. Frente a los muchachos había algo, una imagen ante sus ojos que se interponía entre ellos y el mundo, igual que parecía suceder con todos los mayores. El estanque, el coche, el brazo, la mano. Tenían cierta idea de que cuando llegasen a un determinado lugar comenzarían a gritar. Entrarían en el pueblo chillando y haciendo circular la noticia a su alrededor, y todo el mundo se quedaría helado, tratando de digerirla.

Atravesaron el puente, igual que siempre, caminando sobre el pretil de hierro. Pero esta vez no tenían sensación de riesgo, coraje o despreocupación. Podrían perfectamente haber usado el arcén.

En lugar de seguir la curva cerrada de la carretera que llevaba tanto al puerto como a la plaza, subieron directamente la orilla por un sendero que desembocaba cerca de los cobertizos de los ferrocarriles. El reloj daba su repique de cuarto de hora. Las doce y cuarto.

Era la hora en la que la gente iba a casa a almorzar. Los oficinistas tenían la tarde libre, pero los que trabajaban en comercios, únicamente disponían de una hora, como de costumbre: los sábados por la noche, las tiendas no cerraban hasta las diez o las once.

La mayor parte de la gente iba a casa para tomar una comida caliente y abundante. Chuletas de cerdo, o salchichas, o ternera hervida, o pastel de carne. Patatas, sin duda, fritas o en puré; crema de tubérculos, de repollo o de cebolla, almacenados durante el invierno. (Unas cuantas amas de casa, ricas o un tanto más irresponsables, serían capaces hasta de abrir una lata de guisantes o de judías blancas.) Pan, bollos, frutas en conserva, pastel. Incluso aquellas personas que no tenían una casa a donde ir o, por una razón u otra, no querían ir, se sentarían ante una comida de ese estilo en el Duke of Cumberland o en el Merchants' Hotel, o por menos dinero, detrás de las empañadas ventanas del Shervill's Dairy Bar.

Aquellos que se dirigían hacia casa eran, en su mayoría, hombres. Las mujeres ya se encontraban allí, siempre estaban allí. Pero algunas de las mujeres de edad madura que trabajaban en comercios u oficinas por razones ajenas a su voluntad (maridos fallecidos o enfermos o que nunca llegaron a tener) eran amigas de las madres de los muchachos y

les saludaban desde la acera de enfrente (quien peor lo pasaba era Bud Salter, porque le llamaban Buddy) con tal ufanía y brío que los chicos no podían evitar pensar en lo mucho que ellas sabían de asuntos familiares o de lejanas infancias.

Los hombres no se molestaban en saludar a los muchachos por sus nombres, aunque los conocieran bien. Les llamaban «chicos» o «jovencitos» o, muy de vez en cuando, «señores».

—Buenos días, señores.

—¿Vais hacia casa, chicos?

—¿En qué lío os habéis metido esta mañana, jovencitos?

En esos saludos había un cierto grado de jocosidad, pero existían diferencias. Los hombres que decían «jovencitos» estaban mejor dispuestos, o deseaban dar la impresión de estarlo, que los que les llamaban «chicos». «Chicos» podía ser señal de que luego vendría una reprimenda por delitos ambiguos o específicos. «Jovencitos» indicaba que el que lo usaba también había sido joven alguna vez. «Señores» era una burla manifiesta y un menosprecio que no desembocaba en un reproche sólo porque la persona en cuestión no iba a perder el tiempo en ello.

Al contestar, los muchachos nunca levantaban la vista más allá del bolso de una mujer o de la nuez de la garganta de un hombre. Decían «hola» con claridad porque de lo contrario podría haber problemas, y en respuesta a las preguntas respondían con un «sí, señor», «no, señor» y «no mucho que contar». Hasta en ese día, las voces que les hablaban les provocaban cierta inquietud y confusión, y respondían con su reticencia habitual.

Al llegar a una esquina determinada, tuvieron que separarse. Cece Ferns, siempre el más preocupado por llegar a casa, se marchó el primero.

—Os veré después del almuerzo —dijo.

—Vale. Hay que ir al centro —dijo Bud Salter.

Esto significaba, como se daba por supuesto, «al centro, a la comisaría de policía». Parecía que sin necesidad de consultarse mutuamente, todos habían acatado este nuevo plan de operaciones, una forma más sobria de dar la noticia. Pero nadie dijo claramente que no había

que contar nada en casa. No existía razón por la que Bud Salter o Jimmy Box no pudieran hacerlo.

Cece Ferns nunca contaba nada en casa.

Cece Ferns era hijo único. Sus padres eran más mayores que los otros padres de los muchachos, o tal vez resultaba que parecían mayores por la asendereada vida que llevaban. Al alejarse de los otros chicos, Cece comenzó a marchar al trote, como solía hacer al llegar a la manzana de su casa. No es que tuviese ganas de llegar o que pensara que las cosas irían mejor si llegaba pronto. Puede que de esta manera le pasase más rápido el tiempo, porque la última manzana le llenaba de aprensión.

Su madre estaba en la cocina. Buena cosa. Se había levantado, aunque todavía llevaba puesta la bata. Su padre no estaba en casa, y eso también era bueno. Su padre trabajaba en el granero y libraba los sábados por la tarde, y si no había llegado a casa a esa hora era probable que se hubiese ido al Cumberland. Eso significaba que no tendría que vérselas con él hasta bien entrado el día.

El padre de Cece también se llamaba Cece Ferns. Era un nombre conocido y generalmente querido y popular en Walley, e incluso cuando treinta o cuarenta años después alguien mencionaba ese nombre al contar una anécdota, todo el mundo daba por supuesto que se trataba del padre, y no del hijo, de quien se hablaba. Si una persona recién llegada al pueblo comentaba «a mí no me parece que Cece hiciera eso», le decían que no se referían a *ese* Cece.

—Él no, hablamos de su viejo.

Contaban lo de aquella vez que Cece Ferns fue al hospital —o lo ingresaron— con neumonía, o una cosa así de grave, y las enfermeras lo envolvieron en toallas o sábanas mojadas para bajarle la fiebre. Al absorber el sudor de la fiebre las toallas y las sábanas se volvieron de color pardusco. Era de la nicotina que tenía metida en el cuerpo. Las enfermeras nunca habían visto nada igual. Cece estaba encantado. Decía que fumaba y bebía alcohol desde que tenía diez años.

Y lo de aquella vez que fue a la iglesia. Era difícil imaginar por qué, pero fue a la iglesia baptista, y su mujer era baptista, así que a lo me-

jor fue para darle una alegría, aunque eso era aún más difícil de imaginar. Estaban dando la comunión el domingo que él entró y en la Iglesia baptista el pan es pan pero el vino es mosto.

—¿Qué es esto? —vociferó Cece Ferns—. Si ésa es la sangre del Cordero debía padecer una maldita anemia de mucho cuidado.

En la cocina de los Ferns estaban en marcha los preparativos para la comida del mediodía. Sobre la mesa había una barra de pan cortada y una lata abierta de remolacha troceada en dados. Habían frito unas cuantas salchichas antes que los huevos, aunque se tendría que haber hecho después, y aún estaban relativamente templadas en el fogón. En aquel momento la madre de Cece empezaba a freír los huevos. Estaba inclinada sobre el fogón con la espumadera en una mano y apretándose el estómago con la otra, aguantando el dolor.

Cece le quitó la espumadera de la mano y bajó el calor eléctrico, que estaba demasiado fuerte. Mantuvo la sartén alejada del quemador mientras éste se enfriaba, para que las claras de los huevos no se endurecieran o se quemaran por los bordes. No había llegado a tiempo para vaciar la sartén de la grasa usada y echar otra más fresca. Su madre nunca limpiaba la grasa refrida, la utilizaba de una comida a otra, y cuando hacía falta, añadía un poco más.

Cuando el calor alcanzó la temperatura de su agrado, bajó la sartén y la movió de tal forma que los bordes como de encaje de los huevos formaron círculos ordenados. Encontró una cuchara limpia y echó unas cuantas gotas de grasa caliente encima de las yemas para que cuajasen. Tanto a él como a su madre les gustaban los huevos fritos de esa manera, pero ella no solía cogerles el punto. A su padre le gustaban volteados y planos como las tortitas, fritos hasta que estuvieran tan duros como el cuero y ennegrecidos con pimienta. Cece también sabía hacerlos como los quería su padre.

Ninguno de los chicos conocía su experiencia en los menesteres de la cocina, al igual que ninguno conocía el escondite que se había montado fuera de la casa, en un rincón ciego situado más allá de la ventana del comedor, detrás del arbusto japonés.

Su madre se sentó en la silla junto a la ventana mientras él terminaba los huevos. No perdía de vista la calle. Aún cabía la posibilidad

de que su padre volviera a casa para comer algo. Puede que aún no estuviese borracho. Aunque su comportamiento no siempre dependía del grado de su borrachera. Si hubiese aparecido en la cocina, quizá le hubiera pedido a Cece que le preparara unos huevos. Después posiblemente le habría preguntado por qué no llevaba puesto el delantal y le habría dicho que sería una esposa ideal para cualquier hombre. Así es como se hubiera comportado de estar de buen humor. De no estar de buen humor, habría empezado por mirar fijamente a Cece de una forma particular —es decir, con una expresión exagerada, absurda, intimidante— y le habría dicho que se anduviese con cuidado.

—Listillo, ¿eh? Bueno, sólo te digo que más te vale andar con ojo.

Luego, si Cece le miraba cara a cara, o si no le devolvía la mirada, o si dejaba caer la espumadera o la soltaba con estrépito, o incluso si se movía con cuidado para no dejar caer nada y para no hacer ruido, su padre era capaz de enseñar los dientes y gruñir como un perro. Hubiera resultado ridículo —y lo era— de no ser porque iba en serio. Un minuto más tarde la comida y el plato podían estar por el suelo, la mesa y las sillas volteadas, y el padre persiguiendo al hijo por la habitación, gritando que esta vez le cogería y le aplastaría su sucia cara contra el quemador, ¿y qué pasaba, no le gustaba la idea? Se diría que se había vuelto loco. Pero si en ese momento alguien llamaba a la puerta —digamos, si un amigo suyo llegaba para recogerle— su rostro recuperaba la expresión de siempre, abría la puerta y decía el nombre del amigo con voz fuerte y tono de chanza.

—Estoy contigo enseguida. Ya voy. Te diría que entraras, pero la mujer ha vuelto a tirar los platos.

No pretendía que le creyesen. Lo decía para que pareciese que lo que pasaba en su casa era pura broma.

La madre de Cece le preguntó si el tiempo había mejorado y dónde había estado aquella mañana.

—Bueno —contestó—, por ahí, por el llano.

Ella comentó que creía oler el viento en él.

—¿Sabes qué voy a hacer después de comer? —dijo—. Voy a tomar la bolsa de agua caliente, me volveré a meter en cama y a lo mejor recupero fuerzas y vuelvo a tener ganas de hacer algo.

Casi siempre repetía lo mismo, pero siempre lo anunciaba como si fuese una idea que se le acababa de ocurrir, una decisión llena de esperanza.

Bud Salter tenía dos hermanas mayores que nunca hacían nada útil a menos que su madre las obligara. Y su dedicación a arreglarse el pelo, pintarse las uñas, limpiar los zapatos, maquillarse o incluso vestirse no se acababa en sus dormitorios o en el cuarto de baño. Dejaban los peines y los rulos, los polvos faciales, las lacas de uñas y los betunes por toda la casa. Además, colgaban en los respaldos de las sillas sus vestidos y blusas recién planchadas y extendían sus jerseys para que se secasen sobre toallas colocadas en cualquier rincón libre del suelo. (Luego te chillaban si te acercabas a esas cosas.) Se colocaban ante los espejos —el espejo del perchero del pasillo, el espejo del aparador del comedor y el que estaba sobre un anaquel junto a la puerta de la cocina— siempre cargadas de imperdibles, horquillas, peniques, botones y trozos de lápices.

A veces, una de las dos se quedaba hasta veinte minutos delante de uno de los espejos y se miraba desde varios ángulos, inspeccionando los dientes, tirando de sus cabellos hacia atrás y sacudiéndoselos después hacia delante. Luego se alejaba, aparentemente satisfecha o al menos con su misión cumplida, pero nunca iba más allá de la siguiente habitación, donde había otro espejo y empezaba una vez más como si le hubiesen puesto una cabeza nueva.

En aquel momento su hermana mayor, la que tenía fama de atractiva, se quitaba las horquillas del pelo delante del espejo de la cocina. Su cabeza estaba cubierta de rizos lustrosos y acaracolados. Su otra hermana hacía un puré de patatas, por orden de su madre. Su hermanito de cinco años estaba sentado en su lugar en la mesa, golpeándola con el tenedor y el cuchillo y gritando: «Quiero que me sirvan, quiero que me sirvan».

Lo había aprendido de su padre, que lo hacía en broma.

Bud pasó junto a la silla de su hermano y dijo en voz baja: «Mira cómo le echa grumos al puré».

Había convencido a su hermanito de que los grumos se añadían al puré como las pasas al arroz con leche: eran cosas que se guardaban en el armario de la cocina.

Su hermano dejó de chillar y empezó a quejarse.

—No voy a comer si ella le pone grumos. Mamá, no pienso comérmelo si le mete grumos.

—Vamos, no seas tonto —dijo la madre de Bud. Estaba friendo rebanadas de manzana y aros de cebolla con las chuletas de cerdo—. Deja de lloriquear como un bebé.

—Es Bud quien tiene la culpa —dijo la hermana mayor—. Fue Bud quien le contó que se los ponía. Bud se lo dice siempre y el pequeño qué va a saber.

—A Bud habría que romperle la cara —dijo Doris, la hermana que hacía el puré. No siempre hablaba por hablar, una vez le arañó a Bud una mejilla y le dejó una cicatriz.

Bud se acercó al aparador donde se enfriaba un pastel de ruibarbo. Cogió un tenedor y con cuidado empezó a levantar disimuladamente la costra de hojaldre, que dejó escapar un vapor delicioso y un delicado olor a canela. Intentó hurgar en la parte superior del hojaldre para saborear el relleno. Su hermano vio lo que hacía, pero le tenía demasiado miedo como para abrir la boca. Era un niño consentido y siempre le defendían sus hermanas: Bud era la única persona en toda la casa que le infundía respeto.

—Quiero que me sirvan —repitió, esta vez con voz baja y reflexiva.

Doris se acercó al aparador y cogió un plato hondo para el puré. Bud hizo un movimiento imprudente y se hundió una parte del hojaldre que cubría el pastel.

—Así que ahora te dedicas a estropear el pastel —dijo Doris—. Mami, está echando a perder tu pastel.

—Cierra la maldita boca —dijo Bud.

—Deja el pastel —le ordenó su madre con una severidad estudiada y casi serena—. Dejad de maldecir. Dejad de chivaros. Y a ver si maduráis un poquito.

Jimmy Box se sentó a comer ante una mesa llena de gente. Él, su padre y su madre y sus hermanas de cuatro y seis años vivían en la casa de su abuela con ella, con su tía abuela Mary y con su tío, que era soltero. Su padre tenía un taller de reparación de bicicletas en un cobertizo detrás de la casa y su madre trabajaba en los almacenes Honeker.

El padre de Jimmy era cojo porque había sufrido un ataque de polio a los veintidós años. Caminaba inclinándose sobre la cadera y se ayudaba con un bastón. No se notaba mucho cuando trabajaba en la tienda porque ese tipo de trabajo conllevaba inclinarse con frecuencia. Cuando caminaba por la calle, tenía un aspecto bastante peculiar, pero nadie se mofaba de él o le imitaba. En otro tiempo había sido un notable jugador de hockey y de béisbol en el pueblo y todavía conservaba parte de la gracia y del valor de antaño, lo que otorgaba otra dimensión a su situación actual, como si sólo se tratara de un estado temporal (aunque fuera el definitivo). Él contribuía a que le consideraran así porque hacía bromas tontas y empleaba un tono optimista, negando el dolor que reflejaban sus ojos y que le tenía en vela muchas noches. A diferencia del padre de Cece Ferns, él no cambiaba su forma de ser al entrar en casa.

Sin embargo, no era su casa. Su mujer se había casado con él después de que se quedara cojo, aunque ya estaban comprometidos desde antes, y parecía natural que se mudaran a casa de la madre de su esposa para que ella cuidara de los niños que iban llegando mientras su mujer trabajaba. Por su parte, a la madre de la esposa le parecía natural también encargarse de otra familia, al igual que le parecía natural que su propia hermana, Mary, se fuera a vivir con la familia cuando sus ojos empezaron a fallar y que su propio hijo, Fred, un hombre extraordinariamente tímido, continuara viviendo en casa hasta que no encontrara un lugar que le gustara más. Era una de esas familias que soporta cualquier carga con menos quejas incluso que las que generaría un mero cambio de tiempo. De hecho, al igual que con la timidez de Fred, a nadie en aquella casa se le ocurriría mencionar como un peso o un problema la discapacidad del padre de Jimmy o la mala vista de Mary. Se trataba de mantenerse inalterable ante los problemas y las adversidades del mismo modo que ante situaciones más favorables.

Según la creencia tradicional de la familia, la abuela de Jimmy era una excelente cocinera y posiblemente lo había sido alguna vez, pero en los últimos años las cosas habían cambiado. Se practicaba la economía familiar mucho más allá de lo necesario. La madre de Jimmy y su tío tenían buenos sueldos, su tía Mary recibía una pensión y el taller de las bicicletas era un negocio bastante bueno, pero donde había que emplear tres huevos se empleaba uno y al pastel de carne se le añadía una taza de más de copos de avena. Trataban de compensarlo poniendo más salsa inglesa de la cuenta o demasiada nuez moscada en el flan. Pero nadie se quejaba. Todos se deshacían en elogios. En esa casa había menos quejas que lingotes de oro. Al tropezar decían «disculpa», hasta las niñas decían «disculpa». Todo era por favor y gracias en la mesa, como si siempre hubiera invitados a comer. Así se iban arreglando a pesar de vivir amontonados en la casa, de que las perchas estuvieran llenas de ropa, de que hubiera abrigos colgados en la barandilla, catres colocados permanentemente en el comedor para Jimmy y su tío, y de que una pila de ropa cubriera el aparador a la espera de la plancha o remiendos. Nadie hacía ruido por las escaleras, ni cerraba las puertas con estrépito, ni subía el volumen de la radio, ni decía cosas desagradables.

¿Fue esa la razón por la cual Jimmy no abrió la boca aquel sábado a la hora del almuerzo? Los tres mantuvieron la boca cerrada. En el caso de Cece, era fácil de entender. Su padre no habría permitido que su hijo se adjudicara un descubrimiento tan importante. Lo normal es que le hubiera llamado mentiroso. Y la madre de Cece, que todo lo juzgaba según el efecto que pudiera ejercer sobre el padre, habría comprendido —acertadamente— que el simple hecho de que Cece acudiera a la comisaría causaría problemas en casa, así que le habría pedido que se callase. Pero los otros dos muchachos vivían en unas casas muy normales y podrían haberlo comentado. En la casa de Jimmy habría producido consternación y cierta desaprobación, pero al final habrían reconocido que la culpa no era del chico.

Las hermanas de Bud le habrían preguntado si se había vuelto loco. Eran capaces de tergiversar tanto las cosas que habrían insinuado que era típico de él y de su grosera naturaleza encontrar un cadáver. Su padre, sin embargo, era un hombre sensato y paciente, acostumbrado a es-

cuchar muchas historias extrañas en su trabajo, porque era jefe de mercancías en la estación de ferrocarril. Habría hecho callar a las hermanas de Bud y, tras una conversación seria con su hijo para cerciorarse de que decía la verdad y no exageraba, habría llamado a la comisaría.

Lo que ocurría es que sus casas parecían demasiado llenas de gente. Bastante tenían con lo que tenían. Sucedió en casa de Cece tanto como en las otras dos, porque, incluso cuando no estaba su padre, persistía la amenaza y el recuerdo de su enloquecida presencia.

—¿Lo contaste?

—¿Y tú?

—Yo tampoco.

Bajaron andando hasta el centro sin pensar en la ruta que tomaban. Entraron en la calle Shipka y se encontraron pasando por delante del bungalow de estuco del señor y la señora Willens. Antes de darse cuenta ya lo tenían ante sus narices. Tenía una pequeña ventana en saliente a cada lado de la puerta principal y un escalón superior lo bastante ancho como para que cupieran dos sillas, que en las noches de verano ocupaban el señor Willens y su mujer, pero que ahora estaban vacías. Había un anexo con el techo plano en un lado de la casa, con otra puerta que se abría a la calle y un camino que conducía hasta allí. Un rótulo en la puerta decía: D. M. WILLENS, OPTOMETRISTA. Ninguno de los muchachos había visitado la consulta, pero Mary, la tía de Jimmy, la frecuentaba en busca de colirio, y su abuela compraba allí sus gafas, igual que la madre de Bud Salter.

El estuco era de color rosa barroso, y las puertas y los marcos de las ventanas estaban pintados de color marrón. Aún no habían quitado las contraventanas, al igual que en casi todo el pueblo. La casa no tenía nada de especial, pero el jardín delantero era famoso por sus flores. La señora Willens era una renombrada jardinera que no cultivaba las flores en largas filas junto a la huerta, como hacían la abuela de Jimmy y la madre de Bud. Las ordenaba en arriates redondos, en forma de media luna y por todas partes y en círculos bajo los árboles. En pocas semanas los narcisos cubrirían el césped, pero en aquel momento lo único que florecía era el arbusto de forsitia en una esquina de la casa. Crecía casi tan alto como los aleros y rociaba de amarillo el aire como una fuente que lanza agua.

La forsitia se agitó aunque no soplaba viento y apareció una figura encorvada y parda. Era la señora Willens con su desgastada ropa de jardinera, una vieja obesa con pantalones muy anchos, chaqueta andrajosa y un gorro puntiagudo que podría ser de su marido, caído sobre la frente hasta casi esconder sus ojos. Llevaba un par de podaderas en la mano.

Aminoraron el paso, la opción era hacerlo o echar a correr. Tal vez creyeron que no se fijaría en ellos, que podían convertirse en postes. Pero ya les había visto; había salido a toda prisa por esa razón.

—Veo que miráis como embobados mi forsitia —dijo la señora Willens—. ¿Queréis que os dé un poco para que lo llevéis a casa?

Lo que miraban como embobados no era la forsitia, sino la escena entera: la casa, que tenía su aspecto de siempre, el rótulo junto a la puerta de la consulta, las cortinas que dejaban pasar la luz. Nada sepulcral ni ominoso, nada que indicase que el señor Willens no estaba allí y que su coche no estaba en el garaje detrás de su consulta, sino en el estanque de Jutland. Y allí estaba la señora Willens trabajando en su jardín, donde todos la imaginaban —el pueblo entero lo decía— tan pronto como desapareciese la nieve. Y allí, hablándoles con su voz familiar, áspera por el tabaco, abrupta, desafiante pero no antipática, una voz que se podía identificar a media manzana o como si llegara de la parte trasera de cualquiera de las tiendas.

—Esperad —dijo—, esperad, ahora cojo unas cuantas.

Empezó a partir con fuerza y habilidad las ramas de amarillo brillante y, después de escoger las que quiso, se acercó a ellos tras una pantalla de flores.

—Aquí tenéis —dijo—. Llevádselas a vuestras madres. La forsitia siempre se agradece, es lo primero que brota en primavera —les repartió las ramas—. Como la Galia. La Galia está dividida en tres partes. Deberíais saberlo si estudiáis latín.

—Aún no estamos en la escuela secundaria —contestó Jimmy, cuya vida doméstica le había preparado mejor que a los otros para hablar con las mujeres.

—¿Aún no? —dijo—. Pues tenéis muchas cosas bonitas por delante. Decid a vuestras madres que las pongan en agua templada. Bueno,

seguro que ya lo saben. Os he dado ramas que están a medio brotar para que duren más.

Dieron las gracias, primero Jimmy y luego los otros, que siguieron su ejemplo. Se dirigieron al centro con los brazos cargados. No tenían intención de volver para llevarse las flores a casa y confiaban en que ella no tendría una idea muy clara de dónde vivían. Cuando estuvieron a una distancia de media manzana echaron un rápido vistazo para ver si ella les miraba.

No los miraba. Además, la casa grande de la acera los ocultaba.

La forsitia les dio algo en qué pensar. El bochorno de llevarla, el problema de deshacerse de ella. De no haberla tenido en sus manos, hubieran tenido que pensar en el señor y la señora Willens. ¿Cómo podía estar ella trabajando en el jardín y él ahogado en su coche? ¿Sabría ella dónde estaba su marido o no? Daba la impresión de que no lo sabía. ¿Sabría al menos que no estaba en casa? Actuaba como si nada hubiese ocurrido, nada de nada, o eso parecía cuando habló con ellos. Lo que ellos sabían, lo que habían visto, se diría que había sido apartado, anulado, porque ella no sabía nada.

Dos chicas montadas en sus bicicletas dieron la vuelta a la esquina. Una era Doris, la hermana de Bud. Enseguida comenzaron a desternillarse de risa

—Vaya, con que flores —gritaron—. ¿Dónde es la boda? Mira qué damas de honor tan guapas.

Bud le contestó con lo más feo que le vino a la mente.

—Te sangra el culo.

Por supuesto que no era cierto, pero en una ocasión había ocurrido de verdad, una vez que ella volvió del colegio con la falda manchada de sangre. Todo el mundo la había visto y nadie lo había olvidado.

Estaba seguro de que al llegar a casa ella se chivaría, pero no fue así. La vergüenza que le entraba al recordar aquel incidente era tal, que ni siquiera por complicarle la vida a su hermano fue capaz de mencionar lo ocurrido.

Se dieron cuenta de que tenían que deshacerse de las flores de inmediato, así que se limitaron a tirar las ramas bajo un coche aparcado. Al entrar en la plaza se sacudieron los pétalos que les habían caído sobre la ropa.

Entonces los sábados eran todavía importantes porque venía gente de las zonas rurales a la ciudad. Algunos coches ya estaban estacionados en la plaza y en las calles laterales. Los adolescentes y los niños más pequeños que venían del pueblo y del campo iban al cine a la función de la tarde.

Al llegar a la primera manzana era preciso pasar por delante de los almacenes Honeker. Y allí, bien visible, en uno de los escaparates, estaba la madre de Jimmy. Ya de vuelta al trabajo, colocaba un sombrero en la cabeza de un maniquí, enderezando el velo y ajustando las hombreras del vestido. Era una mujer bajita y tenía que ponerse de puntillas para alcanzar bien. Se había quitado los zapatos para pisar la alfombra del escaparate. A la vista quedaron las suelas rosadas y regordetas de sus talones, velados por sus medias, y, al estirarse, la parte posterior de la rodilla por una abertura en su falda. Por encima había un trasero grande pero bien formado y la marca de las bragas o de la faja. Jimmy se imaginaba sus resoplidos; sentía también el olor de las medias que ella se quitaba a veces nada más llegar a casa para que no se formaran carreras. Las medias y la ropa interior, incluso la ropa interior femenina limpia, despedían un tenue olor íntimo, atrayente y repulsivo a la vez.

Deseó dos cosas. Que los otros no se fijaran en ella (sí se fijaron, pero la idea de una madre que se vestía elegantemente cada día y que salía al mundo público de la ciudad les resultaba tan extraña que no se les ocurría ningún comentario, tan sólo dejarla de lado) y por favor que ella no se diera la vuelta y le descubriera. Si lo veía sería capaz de dar golpecitos en el escaparate y decirle hola moviendo los labios. En el trabajo perdía su silenciosa discreción, su estudiada dulzura hogareña. Su servilismo se transformaba y pasaba de lo humilde a lo coque-to. A él le encantaba ese otro aspecto de ella, esa vivacidad tan suya, igual que le encantaban los almacenes Honeker, con sus amplios mostradores de vidrio y madera barnizada, sus grandes espejos en lo alto de la escalera, en los que él se veía al subir hasta la sección de ropa femenina de la segunda planta.

«Aquí está mi diablillo», decía su madre, y a veces le pasaba diez centavos con cierto disimulo. No se podía quedar más de un minuto. Por si el señor o la señora Honeker vigilaban.

Diablillo.

Una palabra que antes era tan agradable de oír como el tintineo de las monedas de diez y cinco centavos y que ahora sonaba a falsa.

Pasaron sin que ocurriese nada.

En la manzana siguiente tenían que pasar por delante del Duke of Cumberland, pero a Cece no le preocupaba. Si su padre no se había ido a cenar significaba que pasaría horas allí. Aunque la palabra «Cumberland» pesaba siempre sobre su mente. Desde los tiempos en que ni sabía su significado le producía una sensación de desolada tristeza. Como un peso que cayera en picado hasta las profundidades de las aguas turbias.

Entre el Cumberland y el ayuntamiento había un callejón sin pavimentar y detrás del ayuntamiento se encontraba la comisaría. Entraron en el callejón y pronto les empezó a llegar un gran ruido, que desafiaba al ruido de la calle. No procedía del Cumberland: de allí el ruido salía como amortiguado, la cervecería sólo tenía ventanas pequeñas y altas como las de los servicios públicos. Procedía de la comisaría. La puerta de la comisaría se encontraba abierta porque la temperatura era agradable y hasta el callejón llegaba el olor del tabaco de pipa y de los puros. No eran únicamente policías los que se sentaban allí dentro, sobre todo los sábados por la tarde, con la estufa encendida durante el invierno, el ventilador en verano y la puerta abierta para que entrara el agradable aire en un día como aquél, en el que no hacía ni frío ni calor. Allí estaría el coronel Box; a decir verdad, ya le oían resollar en la secuela interminable de su risa asmática. Era pariente de Jimmy, pero había cierto distanciamiento con la familia porque él veía mal el matrimonio del padre del chico. Hablaba con Jimmy, cuando le reconocía, en un tono entre irónico y sorprendido.

—Si alguna vez te ofrece veinticinco centavos o algo por el estilo, di que no los necesitas —le decía a Jimmy su madre. Pero el coronel Box nunca se los ofrecía.

También estaría dentro el señor Pollock, que se había jubilado de su trabajo en la farmacia, y Fergus Solley, que tenía aspecto de tonto aunque no lo fuera porque le hizo daño el gas durante la Primera Guerra

Mundial. Durante todo el día estos y otros hombres jugaban a las cartas, fumaban, contaban historias y bebían café a cuenta del pueblo (según decía el padre de Bud). Si alguien iba a allí a presentar una denuncia o a dar una información, tenía que hacerlo a la vista de aquella gente, que muy probablemente se enteraría de todo.

Había que cargar con ese muerto.

Estuvieron a punto de pararse ante la puerta abierta. Nadie se fijó en ellos. El coronel Box dijo «aún no estoy muerto», repitiendo la última frase de una anécdota. Pasaron de largo lentamente y con las cabezas gachas, pisando la gravilla. Al dar la vuelta a la esquina del edificio apretaron el paso. Al lado de los servicios públicos para hombres, sobre la pared, se veía la mancha reciente de un vómito grumoso y un par de botellas vacías. Tuvieron que sortear los cubos de basura y las altas y vigilantes ventanas de la oficina del secretario del ayuntamiento y luego dejaron atrás la gravilla para entrar de nuevo en la plaza.

—Tengo dinero —dijo Cece.

Este regreso al mundo real les proporcionó un cierto alivio. Cece hizo tintinear las monedas en su bolsillo. Era el dinero que su madre le había dado después de fregar los platos, cuando entró en el dormitorio para decirle que salía a la calle. «Coge para ti cincuenta centavos de encima del tocador», le dijo. Ella a veces tenía dinero, aunque Cece nunca había visto a su padre dárselo. Y cuando decía «coge para ti» o le daba unas cuantas monedas, Cece comprendía que se avergonzaba de su modo de vivir, sentía vergüenza por él y delante de él y era entonces cuando la odiaba (aunque le alegrara lo del dinero). Sobre todo si le decía que era un buen chico y que no se creyera que no le agradecía lo que hacía.

Tomaron la calle que bajaba al puerto. Al lado de la gasolinera de Paquette había un puesto donde la señora Paquette vendía perritos calientes, helados, dulces y cigarrillos. Se negó a venderles cigarrillos a pesar de que Jimmy le dijo que eran para su tío Fred. Pero no se enfadó porque lo intentaran. Era una mujer gorda y guapa, una francocanadiense. Compraron tiras de regaliz negro y rojo. Pensaban comprar helados más tarde, cuando les bajase la cena. Se encaminaron hacia la valla en la que había dos viejos asientos de automóvil abandonados bajo un árbol que en verano los protegía con su sombra. Se repartieron las tiras de regaliz.

El capitán Tervitt estaba sentado en el otro asiento.

El capitán Tervitt había sido durante muchos años un capitán de verdad en los barcos del lago. Ahora trabajaba de vigilante. Paraba los coches delante de la escuela para que los niños cruzaran la calle y no les permitía bajar con sus trineos por la calle lateral durante el invierno. Tocaba el silbato a la vez que levantaba su enorme mano, que parecía la mano de un payaso con aquel guante blanco. Era un hombre que todavía caminaba muy erguido y era alto y fuerte a pesar de que era viejo y su pelo era blanco. Los coches le obedecían y los niños también.

De noche hacía la ronda por las tiendas para comprobar que estuvieran cerradas y que no hubiera nadie robando. Durante el día solía dormir al aire libre. Al llegar el mal tiempo dormía en la biblioteca, y cuando hacía bueno, se sentaba afuera, en cualquier sitio. No pasaba mucho tiempo en la comisaría, probablemente porque su sordera le impedía seguir una conversación sin ponerse su audífono, que como muchos otros sordos no aguantaba. Debía de estar acostumbrado a la soledad. Su mirada se perdía más allá de la proa de los barcos del lago.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás para que el sol le diera en la cara. Cuando se le acercaron para hablarle (y tomaron esa decisión sin más consulta previa que una mirada resignada y dubitativa) tuvieron que despertarle de su sueño. Su rostro tardó un minuto en registrar el dónde, el cuándo y el quién le hablaba. Luego sacó de su bolsillo un viejo reloj grande y pasado de moda, como si supusiera que los niños siempre querían saber la hora. Pero continuaron hablando con él muy agitados y algo avergonzados. «El señor Willens está en el estanque de Jutland», decían, «vimos el coche» y «ahogado». Tuvo que levantar una mano y hacerles señas para que se callaran mientras con la otra buscaba su audífono en el bolsillo de sus pantalones. Asintió con la cabeza con expresión grave y tranquilizadora, como si dijera paciencia, paciencia, mientras se colocaba el aparato en el oído. Entonces, con las dos manos levantadas —calma, calma—, probó su aparato. Por último, hizo otro gesto con la cabeza, esta vez más enérgico, y con voz severa —pero al mismo tiempo como si bromeara con su severidad— dijo: «Adelante».

Cece, que era el más tranquilo de los tres, así como Jimmy era el más educado, y Bud, el más bocazas, fue quien le dio la vuelta a la situación.

—Tiene la bragueta abierta —dijo.

Entonces salieron corriendo con gran revuelo.

Su euforia no desapareció enseguida. Pero no la podían compartir ni hablar de ella: tuvieron que separarse.

Cece volvió a casa para trabajar en su escondite. El suelo de cartón, que se había helado durante el invierno, estaba ahora empapado y había que poner uno nuevo. Jimmy subió a la buhardilla del garaje, donde hacía poco había descubierto una caja llena de las viejas revistas de Doc Savage que pertenecieran a su tío Fred. Bud volvió a casa, donde no encontró a nadie salvo a su madre, que enceraba el suelo del comedor. Se puso a leer tebeos durante cerca de una hora y luego se lo contó todo. Creía que su madre no tenía ninguna experiencia ni autoridad fuera de casa y que no sería capaz de tomar una decisión hasta que hubiera llamado al padre. Para sorpresa suya, llamó inmediatamente a la policía. Luego telefoneó a su padre. Y alguien fue a recoger a Cece y a Jimmy.

Un coche de la policía entró en Jutland desde la carretera del pueblo y se confirmó la historia de los muchachos. Un policía y un sacerdote anglicano fueron a ver a la señora Willens.

—No quería importunarles —dijo, al parecer, la señora Willens—. Iba a esperar hasta el atardecer antes de acudir a ustedes.

Les contó que el señor Willens se había marchado al campo el día anterior por la tarde para llevarle un colirio a un anciano ciego. A veces se retrasaba, dijo. Visitaba pacientes o el coche se quedaba atascado.

El policía le preguntó si estaba deprimido o algo por el estilo.

—Desde luego que no —respondió el sacerdote—. Era el animador del coro.

—Esa palabra no figuraba en su vocabulario —dijo la señora Willens.

Se comentó lo suyo el que los muchachos se hubieran sentado a la mesa y cenado sin decir una palabra. Y que después hubieran comprado unas tiras de regaliz. A los tres se les puso un nuevo apodo: Hom-

bre Muerto. Jimmy y Bud lo conservaron hasta que hubieron abandonado el pueblo, y Cece —que se casó joven y se puso a trabajar en el granero— lo vio pasar a sus dos hijos. Para entonces ya nadie pensaba en cuál era su origen.

Y el insulto al capitán Tervitt permaneció en secreto.

Creyeron que se encontrarían con algún reproche, con una mirada desdeñosa de agravio o de condena la próxima vez que tuvieran que pasar bajo su brazo levantado al cruzar la calle para ir a la escuela. Pero él levantaba la mano enguantada, su mano blanca, noble y de payaso, con la habitual compostura benevolente. Les daba permiso.

Adelante.

II. FALLO DEL CORAZÓN

«Glomerulonefritis», escribió Enid en su cuaderno. Era el primer caso que había visto. Lo cierto es que los riñones de la señora Quinn empezaban a fallar y no se podía hacer nada.

Sus riñones se secaban y se convertían en unos bultos granulados duros e inútiles. Su orina era escasa y de un color grisáceo, y el hedor que emanaba tanto su aliento como la transpiración de su piel dejaba un regusto acre y ominoso. Había otro olor, más débil, como a fruta podrida, que a Enid le parecía relacionado con unas manchas de un pálido azul lavanda y marrón que brotaban en su cuerpo. Sus piernas se movían espasmódicamente, con dolores repentinos, y en la piel sufría a menudo violentos picores, por lo que Enid tenía que frotársela con hielo. Envolvía el hielo en toallas y presionaba sobre los centros del tormento.

—¿Y cómo se coge esa enfermedad? —preguntó la cuñada de la señora Quinn. Se llamaba señora Green. Olive Green. (Decía que nunca se le había ocurrido cómo sonaría su nombre hasta que se casó y de pronto empezó a provocar risas en todo el mundo.) Vivía en una granja a unos cuantos kilómetros, cerca de la autopista, y cada pocos días venía a llevarse para lavar las sábanas, las toallas y los camisones. También hacía la colada de las niñas, luego traía de vuelta todo, bien planchado y doblado. Planchaba incluso las cintas de los camisones.

Enid le estaba muy agradecida. Había tenido trabajos en los que debía hacer la colada o, peor aún, cargar a su madre con esa tarea, y ella acababa pagando de su propio bolsillo para que se lo hicieran en el pueblo. Sin querer ofender, pero consciente de hacia dónde se encaminaba esa pregunta, respondió:

—Es difícil saberlo.

—Porque se oyen tantas cosas —dijo la señora Green—. He oído que a veces hay mujeres que toman las píldoras. Las compran cuando les llega el periodo con retraso, y si se las toman tal y como manda el médico y con un buen fin, les va bien, pero si toman demasiadas y con un mal fin, se destrozan los riñones ¿Es eso verdad?

—Nunca me he encontrado con un caso semejante —dijo Enid.

La señora Green era una mujer alta y fuerte. Al igual que su hermano Rupert, que era el marido de la señora Quinn, tenía una nariz respingona y redonda, una de esas caras arrugadas y afables que la madre de Enid llamaba «de patata irlandesa». Pero tras la amistosa expresión de Rupert había recelo y retraimiento, y tras la de la señora Green, avidez. Enid no sabía a qué se debía. En la conversación más sencilla, la señora Green planteaba muchas exigencias. El motivo tal vez fuera simple, la avidez de noticias. Noticias acerca de algo trascendental. Un acontecimiento.

Y la verdad es que sí iba a ocurrir un acontecimiento de capital importancia, al menos en esa familia. La señora Quinn se iba a morir a los veintisiete años (esa fue la edad que ella declaró; Enid hubiera añadido unos cuantos años más, pero una vez que una enfermedad llega tan lejos resulta difícil calcular con precisión). Cuando sus riñones dejaran de funcionar por completo, fallaría su corazón y moriría. «Trabajaré usted hasta entrado el verano, pero muy probablemente tendrá vacaciones antes de que termine el calor», le había dicho el médico a Enid.

—Rupert la conoció cuando estaba en el norte —dijo la señora Green—. Se marchó solo para trabajar en el monte. Ella trabajaba en un hotel. No sé qué hacía. Camarera o algo por el estilo. Aunque no se crió allí, dice que la criaron en un orfanato en Montreal. De eso no tiene la culpa. Se supone que debería hablar francés, pero, si es así, se lo tiene muy bien escondido.

—Una vida interesante —dijo Enid.

—Y tanto.

—Una vida interesante —repitió Enid. A veces no lo podía evitar, intentaba hacer bromas cuando era casi imposible que funcionasen. Levantó las cejas, alentadora, y la señora Green consiguió sonreír.

Pero ¿se sentía dolida? Así era como Rupert solía sonreír en la escuela secundaria para prevenir una posible burla.

—Él nunca había tenido novia antes —dijo la señora Green.

Enid había estado en la misma clase que Rupert, aunque no se lo dijo, un tanto avergonzada porque era uno de los muchachos —en realidad el principal— al que ella y sus amigas habían atormentado y del que se habían mofado. Era el «pringao», como solían decir ellas. Se habían metido con Rupert, persiguiéndole por la calle y diciendo: «Hola, Rupert. Hola, Rupert», atormentándolo, mirando cómo se ruborizaba hasta el cuello. «Rupert tiene la escarlatina», decían. «Rupert, deberías estar en cuarentena.» Y luego fingían que una de ellas —Enid, Joan McAuliffe, Marian Denny— estaba loca por él: «Quiere hablarte, Rupert. ¿Por qué nunca le pides que salga contigo? Al menos podrías llamarla por teléfono. Se muere por hablarte».

En realidad no esperaban que respondiera a sus insinuaciones. Pero hubiera sido estupendo que lo hiciera. Le habrían rechazado secamente y después habrían contado la historia en la escuela. ¿Por qué? ¿Por qué le trataban de ese modo? ¿Para humillarle? Pues simple y llanamente porque se dejaba.

Era imposible que lo hubiese olvidado, pero trataba a Enid como si fuera alguien a quien acababa de conocer, la enfermera de su mujer, que había entrado en su casa procedente de cualquier parte. Y Enid le siguió el juego.

La buena organización de los quehaceres de la casa, poco frecuente, le ahorraba un trabajo adicional. Rupert dormía en casa de la señora Green, donde también comía. Las dos niñas podrían haberse quedado allí también, pero eso hubiera significado trasladarlas a otra escuela y quedaba menos de un mes para las vacaciones de verano.

Rupert llegaba a su casa por las noches y hablaba con sus niñas.

—¿Os portáis bien? —preguntaba.

—Enseñad a papá lo que habéis hecho con vuestro juego de cubos —decía Enid—. Enseñad a papá lo que habéis pintado en vuestros cuadernos.

Era Enid la que les había dado los cubos, los lápices de colores y los cuadernos. Había llamado a su madre para pedirle que hurgara en los viejos baúles para ver lo que encontraba. Su madre lo había hecho y había encontrado también un antiguo libro de muñecas recortables que le habían regalado a Enid: las princesas Elizabeth y Margaret Rose y sus muchos trajes. Enid no fue capaz de conseguir que las niñas dieran las gracias hasta que puso todas esas cosas en un estante alto y declaró que de allí no se moverían hasta que ellas pronunciaran la palabra «gracias». Lois y Sylvie tenían siete y seis años, respectivamente, y eran tan salvajes como gatas de granja.

Rupert no preguntó de dónde procedían los juguetes. Les pedía a sus hijas que se portaran bien y preguntaba a Enid si necesitaba algo del pueblo. Una vez, ella le dijo que había tenido que cambiar la bombilla de la entrada al sótano y que comprara algunas de repuesto.

—Podía haberlo hecho yo —dijo él.

—Cambiar bombillas no es mucho sacrificio —dijo Enid—. Ni tampoco manejar los fusibles o clavar clavos. Mi madre y yo nos hemos arreglado sin un hombre en casa desde hace mucho tiempo —su intención era bromear un poco, ser amable, pero no funcionó.

Por último, Rupert preguntaba por su mujer, y Enid le decía que su tensión había bajado un poco, o que había comido y no había devuelto toda la tortilla que había tomado para cenar, o que los cubitos de hielo parecían haber calmado los picores de piel y que dormía mejor. Y Rupert decía que si dormía, mejor sería no entrar.

—Tonterías —decía Enid.

A ella le vendría mejor ver a su marido que echarse una pequeña siesta. Por eso subía a las crías a la cama para concederle a un hombre y a su esposa unos momentos de intimidad. Pero Rupert nunca se quedaba más de unos minutos. Y cuando Enid bajaba de nuevo y entraba en la sala de estar —ahora transformada en la habitación de la enferma— para preparar a la paciente para la noche, la señora Quinn quedaba recostada sobre las almohadas, en apariencia agitada pero no insatisfecha.

—No se queda mucho tiempo aquí, ¿verdad? —decía la señora Quinn—. Me hace reír. Ja, ja, ja, ¿cómo estás? Ja, ja, ja, ya nos vamos. ¿Por qué no la echamos fuera y la mandamos a la mierda? ¿Por qué no la tiramos como si fuera un gato muerto? Eso es lo que él piensa. ¿No es cierto?

—Lo dudo —decía Enid mientras traía la palangana, las toallas, el alcohol para frotar y los polvos de talco.

—Lo dudo —repetía la señora Quinn con cierta ferocidad, pero sometándose con resignación a que le quitasen el camisón, le recogieran los cabellos que le caían sobre la cara y le metieran una toalla bajo las caderas. Enid estaba acostumbrada a que la gente armara un escándalo al desnudarla, hasta los muy viejos o enfermos. A veces tenía que engatusarles o importunarles hasta que entraban en razón. «No crea que el suyo es el primer trasero que veo», les decía. «Los traseros y lo de arriba, después de ver unos cuantos, son pura rutina. Sabe usted, todos estamos hechos de una de las dos formas.» Pero la señora Quinn no era pudorosa, abría las piernas y se levantaba un poco para facilitar la tarea. Era una mujer de huesos de pájaro, de contorno extraño, con el vientre y los miembros hinchados y los pechos encogidos como bolsitas, con pezones como pasas.

—Igual que un cerdo hinchado —dijo una vez la señora Quinn—, salvo mis tetas, pero nunca me sirvieron de mucho. Nunca tuve unas grandes ubres como tú. ¿No te doy asco? ¿No te alegrarás cuando me muera?

—Si fuera eso lo que sintiese por usted, no estaría aquí —respondió Enid.

—Adiós y que te pudras —dijo la señora Quinn—. Eso es lo que vais a decir todos. Adiós y que te pudras. Ya no le valgo para nada, ¿no es así? No le sirvo a ningún hombre. Sale de aquí todas las noches y va en busca de una mujer, ¿a que sí?

—Por lo que yo sé, se va a casa de su hermana.

—Por lo que tú sabes. Pero tú no sabes casi nada.

Enid creía saber lo que eso significaba, ese resentimiento y ese veneno, aquella energía acumulada para despotricar. La señora Quinn buscaba nerviosamente un enemigo. Las personas enfermas sienten rencor hacia quien está sano, y a veces ocurre entre los maridos y sus esposas e

incluso entre madres e hijos. En el caso de la señora Quinn ocurría tanto con el marido como con las hijas. Un sábado por la mañana, Enid había llamado a Lois y Sylvie, que jugaban bajo el porche, para que vinieran a ver a su madre, que se había puesto guapa. Mary Quinn acababa de recibir su lavado matinal y vestía un camisón limpio y sus rubios, ralos y ordenados cabellos estaban recogidos con una cinta azul. (Enid llevaba varias cintas consigo cuando iba a cuidar a una mujer enferma, y también un frasco de colonia y una pastilla de jabón perfumado.) Era verdad que estaba guapa, o al menos se notaba que una vez había sido guapa, con una frente ancha y pómulos altos (casi traspasaban la piel, como los pomos de cerámica para las puertas), unos grandes ojos verdes, finos dientes de niña y una barbilla pequeña y obstinada.

Las niñas entraron en la habitación, si no con entusiasmo, sí al menos muy obedientes.

—No las quiero encima de la cama, están sucísimas —dijo la señora Quinn.

—Sólo quieren verla —dijo Enid.

—Pues ya me han visto —dijo la Señora Quinn—. Ahora pueden marcharse.

Ese comportamiento no parecía sorprender ni decepcionar a las niñas. Miraron a Enid y cuando ella les dijo «bien, dejad que vuestra madre descanse» salieron corriendo y cerraron con estrépito la puerta de la cocina.

—¿Por qué no les dices que tengan más cuidado? —dijo la señora Quinn—. Cada vez que lo hacen es como si me dieran con un ladrillo en el pecho.

Se diría que sus dos hijas eran un par de huérfanas revoltosas que le hubieran enviado como visita indefinida. Pero así es como eran algunas personas antes de acomodarse a morir y a veces incluso hasta el momento final. Personas de un carácter en apariencia más dulce que el de la señora Quinn eran capaces de decir que sabían de sobra cuánto les habían odiado siempre sus hermanos, maridos, mujeres e hijos, cuánta decepción habían causado a otros, y otros a ellos, y lo feliz que sería todo el mundo cuando se fueran para siempre. Podían llegar a expresarse así al final de una vida útil y pacífica y rodeados de sus seres queridos, sin

dar la más mínima explicación de estos arrebatos. Y lo normal era que los arrebatos desaparecieran, pero con frecuencia durante las últimas semanas o incluso durante los últimos días de vida evocaban también viejas querellas y desaires, o lloriqueaban recordando un castigo injusto sufrido setenta años atrás. En cierta ocasión una mujer le había pedido a Enid que le acercara una fuente de cerámica con motivos chinos, que estaba en el armario, y Enid creyó que querría consolarse mirando aquel hermoso plato por última vez. Pero resultó que quiso usar sus últimas y sorprendentes fuerzas para hacerlo añicos contra el pilar de la cama.

—Así, mi hermana no lo tendrá nunca —dijo.

Y con frecuencia los había que sostenían que las visitas sólo venían para regodearse y que el médico era responsable de sus sufrimientos. Llegaban a aborrecer a la propia Enid por su fuerza, porque no necesitaba dormir, por sus manos pacientes y por la manera como fluían por ella tan equilibradamente los jugos de su vitalidad. Enid estaba acostumbrada y era capaz de entender su problema, el problema de morir y también el problema de haber vivido, que a veces llegaba a eclipsar el primero.

Pero con la señora Quinn estaba desconcertada.

No sólo se trataba de que no podía consolarla. Es que no quería hacerlo. No era capaz de dominar su aversión a esa mujer joven, condenada y desgraciada. Había cogido antipatía a ese cuerpo que tenía que lavar, empolverar, apaciguar con hielo y frotar con alcohol. Ahora comprendía lo que la gente quería decir cuando afirmaba que aborrecía las enfermedades y los cuerpos enfermos; comprendía a las mujeres que le decían no sé cómo lo haces, yo nunca podría ser una enfermera, es lo único que nunca podría hacer. Tenía aversión a ese cuerpo en particular y a todos los signos particulares de su enfermedad. Su olor y su decoloración, los pezones de aspecto maligno y los patéticos dientes de hurón. Lo veía todo como signo de una corrupción voluntaria. Ella era tan mala como la señora Green, que husmeaba en busca de una impureza endémica, a pesar de ser una enfermera y saber que no debía pensar de esa forma y a pesar de que su trabajo conllevaba ser —y ella, además, ciertamente lo era por naturaleza— compasiva. No sabía por qué le ocurría. La señora Quinn le recordaba un poco a las muchachas que había conocido en la escuela secundaria: chicas vestidas con ropa barata, de aspec-

to enfermizo, con futuros sombríos, pero que demostraban una descarada autocomplacencia. Dejaban los estudios al cabo de un año o dos, se quedaban embarazadas, la mayoría se casaba. Enid había cuidado a algunas de ellas en años posteriores, al dar a luz en sus casas, y había descubierto que la seguridad que antes tenían en sí mismas se había agotado y que su veta de insolencia se había transformado en mansedumbre e incluso en piedad. Sentía lástima por ellas, hasta cuando recordaba lo decididas que se habían mostrado para conseguir lo que tenían.

La señora Quinn era un caso más complicado. La señora Quinn podría continuar desmoronándose y no habría en ella más que resentida malicia, no habría más que podredumbre en su interior.

Peor incluso que Enid sintiera esa repugnancia, era el que la señora Quinn lo supiera. Por mucha paciencia, dulzura y jovialidad que Enid acopiase, la señora Quinn aún lo sabría. Y la señora Quinn hacía de ese conocimiento su triunfo.

Adiós y que te pudras.

Cuando Enid tenía veinte años y estaba a punto de terminar sus estudios de enfermera, su padre se moría en el hospital de Walley. Fue entonces cuando él le dijo: «No estoy seguro de si me gusta mucho esa carrera que has elegido. No quiero que trabajes en un lugar como éste».

Enid se inclinó sobre él y le preguntó dónde creía que estaba.

—No es más que un hospital —dijo ella.

—Ya lo sé —dijo su padre, con la voz tan tranquila y razonable como siempre (era agente de seguros y de una inmobiliaria)—. Sé de lo que hablo. Prométeme que no lo harás.

—¿Prometerte qué? —preguntó Enid.

—Que no te dedicarás a esta clase de trabajo —dijo su padre. No pudo sacarle más explicaciones. Él apretaba la boca como si las preguntas de su hija le disgustaran. Sólo repetía una y otra vez: «Prométemelo».

—¿Qué le pasa? —preguntó Enid a su madre.

—Bueno, anda, prométeselo. ¿Qué más da? —respondió.

Esa contestación escandalizó a Enid, pero no dijo nada. Se ajustaba a la manera en que su madre juzgaba muchas cosas.

—No voy a prometer lo que no entiendo —dijo—. De todas formas probablemente no prometa nada. Pero si sabes de lo que habla, debes decírmelo.

—Es una idea que se le ha metido en la cabeza —dijo su madre—. Cree que el trabajo de enfermera convierte a las mujeres en personas vulgares.

—Personas vulgares —dijo Enid.

Su madre le explicó que lo que no le gustaba a su padre del trabajo era que las enfermeras se familiarizaran con los cuerpos de los hombres. Su padre pensaba —lo había decidido— que esa familiaridad cambiaría a una muchacha y además cambiaría la manera en que un hombre juzgaría a una chica. Por un lado, le haría perder sus mejores oportunidades, y por otro, le abriría el camino para tomar un mal camino. Algunos hombres perderían interés por ella, y otros mostrarían un interés equívoco.

—Supongo que tiene que ver con que quiere que te cases —dijo su madre.

—Y a mí qué —dijo Enid.

Pero terminó por hacer la promesa. Y su madre dijo: «Bueno, espero que eso te haga feliz». No que «le haga feliz» sino que «te haga feliz a ti». Su madre parecía haberse dado cuenta, antes que Enid, de lo tentadora que sería esa promesa. La promesa en el lecho de muerte, la abnegación, el sacrificio total. Y cuanto más absurda, mejor. Eso es en lo que había cedido. Y tampoco por amor a su padre (insinuaba su madre), sino por lo emotivo que resultaba. Por pura noble perversidad.

—Si te hubiese pedido que renunciases a algo que no te importara, probablemente le habrías dicho que ni hablar —dijo su madre—. Por ejemplo, si te hubiera pedido que dejaras de llevar carmín, lo seguirías llevando.

Enid le escuchó con cara de paciencia.

—¿Rezaste por eso? —preguntó su madre bruscamente.

Enid dijo que sí.

Abandonó sus estudios en la escuela de enfermería; se quedó en casa y se mantuvo ocupada. Había dinero suficiente para que no tuviera que trabajar. En realidad la madre de Enid no quería que su hija

estudiara para enfermera, porque decía que era propio de chicas pobres, una salida para muchachas cuyos padres no podían mantenerlas o enviarlas a la universidad. Enid no le recordaba esa incoherencia. Pintaba una valla, ataba los rosales para prepararlos para el invierno. Aprendió a cocinar y a jugar al bridge, reemplazaba a su padre en la partida semanal que su madre jugaba con sus vecinos, el señor y la señora Willens. Pronto se hizo, según las palabras del señor Willens, una jugadora escandalosamente buena y él comenzó a aparecer por la casa con una caja de bombones o una rosa para ella, tratando de compensar así sus insuficiencias como jugador.

Enid iba a patinar en las tardes de invierno. Jugaba al bádminton. Nunca le habían faltado amigos y ahora tampoco. La mayoría de las personas que habían estudiado con ella el último curso de la escuela secundaria, estaban terminando la universidad, o bien trabajaban fuera, como maestros, enfermeras y contables. Pero había entablado amistad con otros que dejaron sus estudios antes de terminar la secundaria para trabajar en bancos, tiendas u oficinas, para hacerse fontaneros o sombrereros. Las chicas de ese grupo caían como moscas, como decían unas de otras, en la vida matrimonial. Enid se convirtió en organizadora de fiestas para las novias y ayudaba en la organización de los tés de ajuares. En un par de años llegarían los bautizos en los que se suponía que sería la madrina favorita. Niños con los que no tenía ningún grado de parentesco crecerían llamándole tía. Ya era una especie de hija honorífica para las mujeres de la edad de su madre y algunas mayores, la única joven que tenía tiempo para estar en el Club del Libro y en la Sociedad de Horticultura. Así es que, rápida y fácilmente, todavía en su juventud, asumió un papel esencial, pero a la vez se aisló.

Aunque sin duda ése siempre había sido su papel. En la escuela secundaria era la delegada de la clase o la representante de actividades sociales. Era muy querida y vivaz, se vestía bien y era guapa, pero siempre quedaba un poco marginada. Tenía amigos pero nunca un novio. No es que ella lo hubiese elegido así, pero tampoco se preocupaba por ello. Estaba absorta en su ambición: primero quiso ser —durante una etapa que recordaba con vergüenza— misionera, y más tarde enfermera. Nunca había pensado en la profesión de enfermera como un

trabajo que la pudiera mantener ocupada hasta casarse, sino que su esperanza era ser generosa y hacer el bien, y no necesariamente de la manera sumisa y tradicional propia de una esposa.

En nochevieja Enid acudió al baile organizado en el ayuntamiento. El hombre que la invitó a bailar con mayor frecuencia, que la acompañó a casa y le dio un apretón de manos deseándole buenas noches, era el director de la central lechera, un hombre de cuarenta y tantos años que no se había casado, un bailarín excelente, una especie de tío benévolo de las muchachas que tenían dificultad para encontrar pareja. Ninguna mujer le tomaba en serio.

—Tal vez deberías hacer algún cursillo de secretaria —dijo su madre—. ¿O por qué no te matriculas en la universidad?

Donde los hombres le harían más caso: seguro que su madre estaba pensando en eso.

—Soy demasiado mayor —dijo Enid.

Su madre se rió. «Eso demuestra lo joven que eres», dijo. Parecía aliviada al descubrir que su hija tenía un toque de insensatez propio de su edad, pensar que los veintiún años se encontraban muy lejos de los dieciocho.

—No pienso salir con los chicos que acaban de terminar la secundaria —dijo Enid—. Lo digo en serio. ¿Y por qué quieres deshacerte de mí? Estoy muy bien aquí.

Ese malhumor y brusquedad también parecían agrandar y tranquilizar a su madre. Pero al cabo de un rato ésta suspiró y dijo: «Te sorprendería lo rápido que pasan los años».

Aquel agosto hubo muchos casos de sarampión y también unos cuantos de polio. El médico que había atendido al padre de Enid y que había observado en el hospital lo competente que era la chica, le preguntó si estaría dispuesta a ayudarlo durante cierto tiempo cuidando a la gente en sus casas. Le respondió que se lo pensaría.

—¿Quieres decir que rezarías? —dijo la madre de Enid. El rostro de ésta asumió una expresión obstinada, hermética, que en el caso de otra muchacha sería señal de un conflicto con el novio.

—Esa promesa —le dijo a su madre al día siguiente— se refería a trabajar en un hospital, ¿no?

Su madre dijo que sí, que así lo había entendido ella.

—Y a terminar la carrera y a convertirme en enfermera diplomada, ¿no?

Sí, sí.

De modo que si había personas que necesitaban atención en sus casas, que no podían pagar para ir a un hospital o que no querían ir, y si Enid iba a sus casas a cuidarles, no como enfermera profesional sino para atenderles, eso no sería romper su promesa, ¿no era cierto? Y dado que la mayoría de los que necesitarían su ayuda serían niños o mujeres que daban a luz o ancianos moribundos, no existiría mucho peligro de convertirse en un ser vulgar, ¿no era cierto?

—Si los únicos hombres que vas a ver son los que nunca volverán a salir de sus camas, tienes razón —dijo su madre.

Pero no pudo evitar comentar que eso significaba que Enid había decidido renunciar a la posibilidad de un empleo decente en un hospital, para dedicarse a un trabajo agotador y deprimente en casas sórdidas y primitivas, ganando una miseria. Enid tendría que bombear agua de pozos contaminados, romper el hielo que se forma en las palanganas en invierno, luchar contra las moscas en verano y usar retretes fuera de las casas. Tendría que utilizar tablas para restregar la ropa y lámparas de carbón en lugar de usar lavadoras y electricidad. Significaría cuidar a la gente enferma en malas condiciones, a la vez que hacer frente a las responsabilidades de la casa y atender a niños pobres y raquíticos.

—Pero si ésa es tu meta en la vida —dijo—, veo que cuanto más horrible lo describo, más decidida estás. Lo único que pasa es que ahora soy yo la que te pido que me hagas un par de promesas. Prométeme que no beberás agua sin hervirla antes. Y que no te casarás con un granjero.

—Vaya chifladuras que se te ocurren —dijo Enid.

Eso había ocurrido hacía dieciséis años. Cuando empezó esa época, la gente era cada vez más pobre. Aumentaba el número de los que no podían pagarse un hospital, y algunas de las casas en las que trabajaba Enid estaban casi tan deterioradas como las había descrito su ma-

dre. Las sábanas y los pañales se tenían que lavar a mano en casas en las que la lavadora se había estropeado y no había forma de repararla, donde habían cortado la luz o donde, todo hay que decirlo, jamás habían tenido electricidad. Enid no trabajaba gratis, porque eso hubiera supuesto una competencia desleal hacia otras mujeres que realizaban la misma tarea y que no tenían las mismas posibilidades que ella. Pero devolvía la mayor parte del dinero en forma de zapatos, abrigos de invierno, visitas al dentista y juguetes de Navidad para los críos.

Su madre iba por ahí haciendo campaña entre sus amigas buscando cunas viejas, mantas, sillas de bebé y sábanas usadas que ella misma se encargaba de cortar y coser para hacer pañales. Todos le decían lo orgullosa que debía sentirse de Enid, y ella respondía que sí, que sin duda alguna.

—Pero a veces es un trabajo de mil demonios —decía— eso de ser la madre de una santa.

Y luego llegó la guerra y la gran carencia de médicos y enfermeras, y Enid fue más querida que nunca, e igualmente ocurrió tras la guerra por la enorme cantidad de nacimientos que hubo de asistir. Sólo que ahora, con la ampliación de los hospitales y con el crecimiento de muchas granjas, parecía que sus responsabilidades habían disminuido, limitándose al cuidado de quienes tenían dolencias raras y sin esperanza o de quienes tenían un carácter tan insoportable que los expulsaban de los hospitales.

Aquel verano llovía a cántaros cada dos por tres y luego el sol pegaba con fuerza haciendo brillar las hojas y el césped empapados. Las primeras horas de la mañana eran neblinosas —el lugar se encontraba cerca del río—, y cuando la niebla se despejaba, tampoco se podía ver la lejanía en ninguna dirección, debido al desbordamiento y lo denso del verano. Los pesados árboles, los arbustos entrelazados con viñas salvajes, las plantas trepadoras, los cultivos de maíz, centeno, trigo y heno, todo se había adelantado a su estación, como afirmaba la gente. El heno estaba listo para la siega en junio y Rupert debía darse prisa para meterlo en el granero antes de que la lluvia lo estropease.

Por las noches, cada vez llegaba más tarde a casa, pues trabajaba hasta que se extinguía la luz. Una noche, al llegar, la casa estaba oscura, no había más que una vela encendida, que se consumía sobre la mesa de la cocina.

Enid se apresuró a soltar el gancho de la puerta mosquitera.

—¿Se fue la luz? —preguntó Rupert.

Enid respondió con un «shhh». Le susurró que lo hacía para que las crías durmiesen abajo por el excesivo calor de las habitaciones de arriba. Había juntado las sillas y montado las camas sobre ellas con almohadas y edredones. Y, claro está, había tenido que apagar las luces para que pudiesen dormir. Encontró una vela en uno de los cajones, y eso era todo lo que necesitaba para poder escribir algo en su cuaderno.

—Siempre recordarán haber dormido aquí —dijo ella—. Uno siempre recuerda las veces que durmió en un sitio diferente siendo niño.

Él descargó una caja que contenía un ventilador para el techo del cuarto de la enferma. Había ido a Walley para comprarlo. También había comprado un periódico que le pasó a Enid.

—Te vendrá bien saber lo que pasa en el mundo —dijo él.

Ella extendió el periódico junto a su cuaderno, sobre la mesa. Había una foto de un par de perros que jugaban en una fuente.

—Dice que llega una ola de calor —dijo ella—. ¿No es estupendo?

Rupert extrajo con cuidado el ventilador de la caja.

—Eso es genial —continuó Enid—. Ya ha refrescado ahí dentro, pero mañana le vendrá de maravilla.

—Vendré temprano a ponerlo —dijo él. Luego preguntó cómo se había encontrado su esposa ese día.

Enid respondió que los dolores en las piernas habían remitido y que las nuevas píldoras que le había recetado el médico parecían proporcionarle cierto alivio.

—Lo único es que como se va a dormir muy temprano —dijo— te será difícil visitarla.

—Es mejor que descanse —dijo Rupert.

A Enid esta conversación entre susurros le recordaba aquellas conversaciones en el instituto, cuando ambos estaban en el último curso y ya habían abandonado las bromas inocentes, los crueles flirteos o lo que

quiera que fuesen. Durante ese último año Rupert estaba sentado detrás de ella y solían hablarse brevemente, siempre por un propósito inmediato. ¿Tienes una goma para borrar la tinta? ¿Cómo se escribe «incriminar»? ¿Dónde está el mar Tirreno? Normalmente era Enid, que giraba sobre su asiento y sentía, aunque no veía, lo cerca que se encontraba Rupert, quien comenzaba aquellas conversaciones. Era cierto que quería pedir prestada una goma de borrar o necesitaba información, pero también quería ser sociable. Y quería reparar el daño, pues se sentía avergonzada de la manera en que ella y sus amigas lo habían tratado. Con disculparse no arreglaría nada: él volvería a avergonzarse una vez más. Él sólo se sentía bien cuando se sentaba detrás de ella porque sabía que así Enid no podría mirarle a la cara. Si se encontraban en la calle, desviaba su mirada hasta el último momento y entonces murmuraba un saludo casi inaudible mientras ella gritaba «hola, Rupert», y escuchaba ecos del antiguo tono martirizante que la chica pretendía abandonar.

Pero cuando él le tocaba el hombro tratando de atraer su atención, cuando se inclinaba adelante hasta casi tocar o quizá tocando de verdad —no estaba segura— su espesa y oscura cabellera, siempre revuelta incluso con el pelo recogido, entonces se sentía perdonada. En cierto modo se sentía honrada, restablecidos entre ellos la seriedad y el respeto.

¿Dónde, dónde se encuentra el mar Tirreno exactamente?

Se preguntaba si él, ahora, lo recordaría.

Enid separó las dos secciones del periódico. Margaret Truman estaba de visita en Inglaterra y había hecho una reverencia ante la familia real. Los médicos del rey trataban de curar su enfermedad de Buerger con vitamina E. Le pasó la sección de noticias a Rupert.

—Voy a echarle un vistazo al crucigrama —dijo ella—. Me gusta hacer el crucigrama, así consigo relajarme.

Rupert se sentó y comenzó a leer el periódico y ella le preguntó si le apetecía una taza de té. Por supuesto respondió que no se molestase y ella siguió adelante y lo hizo de todas formas, porque dio por supuesto que esa respuesta podía muy bien equivaler a una afirmación en el habla rural.

—Es sobre Sudamérica —dijo ella, mientras observaba el crucigrama—. Un lugar latinoamericano. La primera línea en horizontal es un

militar... *de cocina*. ¿Un militar de cocina? Militar. Muchas letras. Ah, ah, creo que esta noche estoy de suerte. ¡El cabo de Hornos! Ya ves lo tontorronas que son estas cosas —dijo. Se levantó y sirvió el té.

Si se acordaba, ¿le guardaba rencor? Tal vez la despreocupada amabilidad que había demostrado en su último año escolar, a él le había resultado tan antipática y arrogante como las burlas de antaño.

Cuando le vio por primera vez en la casa, pensó que no había cambiado mucho. Antes era un chico alto, de complexión fuerte y cara redonda, y ahora era un hombre alto, fornido y de cara redonda. Siempre había llevado el pelo tan corto que ya no importaba demasiado que tuviera menos y que hubiera pasado de un color castaño claro a un gris castaño. En lugar de sus antiguos rubores había ahora en su rostro la permanente huella del sol. Y fuera lo que fuera lo que le preocupaba y que se leía en su cara, podía ser perfectamente la misma preocupación de siempre, el problema de ocupar un lugar en el mundo y tener un nombre por el que te conocen, ser alguien al que la gente cree conocer.

Recordaba a los jóvenes Rupert y Enid sentados en la clase del último curso. Por entonces quedaban pocos estudiantes, en cinco años los malos estudiantes, los despreocupados y los indiferentes habían sido apartados del camino, dejando paso a chicos maduros, serios y dóciles que aprenderían trigonometría y latín. ¿Para qué clase de vida creían estar preparándose? ¿Qué clase de personas creían que acabarían siendo?

Aún podía ver la cubierta de color verde oscuro y de tapa fina de un libro titulado *Historia del Renacimiento y la Reforma*. Era un libro de segunda o décima mano: nadie compraba un libro de texto nuevo. Dentro figuraban los nombres de los anteriores dueños del libro, algunos de los cuales eran por entonces amas de casa de mediana edad o comerciantes del pueblo. No te los podías imaginar aprendiendo cosas de este tipo o subrayando «Edicto de Nantes» con tinta roja y escribiendo «N.B.» en el margen.

Edicto de Nantes. La gran inutilidad, la naturaleza exótica de las cosas que había en esos libros y en esas cabezas de estudiante, en su propia cabeza y en la de Rupert, hizo que Enid se enterneciese y se asombrase. No es que ellos hubiesen pretendido convertirse en algo que no llegaron a ser. Nada de eso. Rupert nunca habría imaginado

otra cosa que trabajar en la granja como granjero. Era una buena granja y él era hijo único. Y ella misma había terminado haciendo exactamente lo que había querido. No se podía decir que hubieran elegido una vida equivocada, que hubieran elegido contra su voluntad o que no hubieran sabido elegir. Únicamente no habían comprendido cómo pasaría el tiempo y cómo les convertiría no en algo más, sino en un poco menos de lo que eran entonces.

—Pan del Amazonas —dijo Enid—. ¿Pan del Amazonas?

—¿Mandioca? —dijo Rupert.

Enid contó. «Cuatro letras», dijo. «Cuatro.»

—¿Yuca? —dijo él.

—¿Yuca? ¿Con *i griega*? Yuca.

La señora Quinn se volvía cada vez más caprichosa con la comida. A veces decía que quería tostadas o plátanos regados con leche. Un día pidió galletas de manteca de cacahuete. Enid las preparaba —de todas formas, las podían comer las niñas—, y cuando estaban a punto, la señora Quinn no podía soportar verlas ni olerlas. Incluso la gelatina tenía un olor que no soportaba.

Algunos días odiaba el más mínimo ruido: ni siquiera ponía el ventilador en marcha. En otras ocasiones quería poner la radio, quería la emisora que respondía a las peticiones de los oyentes en sus cumpleaños y aniversarios y en la que llamaban a la gente para hacerles preguntas. Si acertabas, te tocaba un viaje a las cataratas del Niágara, un depósito lleno de gasolina, un lote de comestibles o entradas para una película.

—Todo está amañado —decía la señora Quinn—. Hacen como que llaman a uno que en realidad está en la habitación de al lado y que ya se sabe la respuesta. Una vez conocí a uno que había trabajado en la radio, eso es así.

En aquellos días tenía el pulso rápido. Hablaba velozmente y con una voz suave y sin aliento.

—¿Qué tipo de coche tiene tu madre? —preguntó en una ocasión.

—Es un coche de color granate —dijo Enid.

—¿Qué *marca*? —preguntó la señora Quinn.

Enid respondió que no lo sabía. Lo cierto es que antes lo sabía, pero ya no se acordaba.

—¿Era nuevo cuando lo compró?

—Sí —respondió Enid—. Sí, pero eso fue hace tres o cuatro años.

—¿Vives en esa casa grande de piedra que está al lado de la de los Willens?

Enid dijo que sí.

—¿Cuántas habitaciones tiene? ¿Dieciséis?

—Demasiadas.

—¿Fuiste al funeral del doctor Willens cuando se ahogó?

Enid dijo que no. «No soy muy aficionada a los funerales.»

—Se suponía que yo debía ir —dijo la señora Quinn—. Por entonces todavía no estaba tan enferma, iba a ir con los Hervey en coche, me dijeron que podrían llevarme con ellos y luego resultó que su madre y su hija querían ir y que no había espacio suficiente en los asientos traseros. Luego Clive y Olive fueron en la camioneta y podríamos haber ido todos apretujados en el asiento delantero, pero no se les pasó por la cabeza pedirme que subiese. ¿Crees que se tiró al agua?

Enid pensó en el señor Willens entregándole una rosa. Su jocosa galantería, que le parecía tan empalagosa como un empacho de miel.

—No lo sé. No lo creo.

—¿Se llevaban bien él y la señora Willens?

—Por lo que yo sé, se llevaban de maravilla.

—¿No me digas? —dijo la señora Quinn tratando de imitar el tono de voz reservado de Enid—. De ma-ra-viii-lla.

Enid dormía en el sofá que había en la habitación de la señora Quinn. El tremendo prurito de la señora Quinn prácticamente había desaparecido, y también su constante necesidad de orinar, y ahora dormía la noche entera de un tirón, aunque a rachas su respiración era áspera y colérica. Lo que despertaba a Enid y la mantenía en vela era un problema suyo. Tenía sueños desagradables como jamás los había tenido. Hasta entonces siempre había creído que los sueños desagradables eran aquellos en los que se encontraba en una casa que no conocía, en la que el

orden de las habitaciones se alteraba constantemente y en la que siempre había más trabajo del que podía soportar, tareas que tenía que repetir una y otra vez e incontables distracciones. Y luego, claro, estaban aquellos otros que tomaba por sueños románticos, en los que un hombre la rodeaba con su brazo o incluso la abrazaba. Podía ser un extraño o un conocido, y en ocasiones un hombre del que resultaba cómico pensar semejantes cosas. Esos sueños la hacían reflexionar o la entristecían, pero a su vez la aliviaban, ya que se daba cuenta de que también ella podía experimentar sentimientos de ese tipo. Sueños que resultaban embarazosos, pero que no eran nada, nada de nada comparados con los sueños que tenía ahora. En los sueños que tenía ahora, copulaba o intentaba copular (a veces no podía debido a intrusos o a cambios imprevistos) con gente totalmente desconocida o impensable. Con bebés gordos que se retorcían, con pacientes vendados o con su propia madre. Se volcaba en la lujuria, vacía y gimoteante, y emprendía su tarea con brutalidad y con una actitud de diabólico pragmatismo. «Sí, esto valdrá», se decía a sí misma. «Esto valdrá si no hay nada mejor.» Y esta frialdad de corazón, este acto de depravación natural, aumentaba su lujuria. Se despertaba sin sentimientos de culpabilidad, sudorosa, agotada y tumbada como un animal muerto, hasta que su propio ser, su vergüenza e incredulidad la llenaban de nuevo. El sudor de su piel se tornaba frío. Allí estaba tumbada y temblorosa en el calor de la noche, disgustada y humillada. No se atrevía a dormir. Se acostumbraba a la oscuridad y a los largos rectángulos de los visillos, en los que se reflejaba una pálida luz, y a la respiración de la enferma, pesada y rezongona y que después parecía desaparecer.

Si ella fuese católica, pensaba, ¿serían cosas de ese tipo las que saldrían a la luz en una confesión? No creía que fueran cosas de las que se pudiera hablar siquiera en las propias oraciones. Ya no solía rezar demasiado, salvo en las ceremonias, y mencionar ante Dios las experiencias que acababa de tener no tenía ningún sentido, era irrespetuoso. Sería como insultarle. A ella ya se encargaba de insultarla su propia conciencia. Su religión era racionalista y esperanzada, y en ella no había lugar para ningún tipo de dramón sensiblero, por ejemplo que el diablo la poseyera en sueños. Era ella la que tenía pensamientos obs-

cenos y no había por qué dramatizarlo y darle importancia. Por supuesto que no. No era nada, sólo basura que fabricaba la mente.

En la pequeña pradera entre la casa y la ribera del río había vacas. Las oía mascar y rozarse las unas con las otras, alimentándose en la noche. Pensaba en sus formas suaves y grandes, en el almizcle y la chicoria, en la hierba llena de florecillas, y se decía a sí misma vaya vida agradable que tienen las vacas.

Terminan, dicho sea de paso, en el matadero. El final es terrible.

Para todos es igual. El mal se apodera de nosotros mientras dormimos; nos aguardan el dolor y la descomposición. Los horrores animales son peores de lo que podemos imaginar de antemano. La comodidad de la cama y el aliento de las vacas, el dibujo de las estrellas en la noche, todo eso puede cambiar en un instante. Y allí estaba ella, allí estaba Enid, desperdiciando su vida con el trabajo y fingiendo que no era así. Tratando de aliviar a la gente. Tratando de ser generosa. Un ángel compasivo, como su madre decía, cada vez con menos ironía. Los pacientes y los médicos también lo habían definido así.

Y durante ese tiempo, ¿cuántos pensarían que era tonta? Tal vez los que cuidaba la despreciaran en secreto. Pensando que en su lugar ellos no harían lo mismo. Nunca serían tan tontos. No.

Miserables infractores, le venía a la cabeza. *Miserables infractores*.

Restituye a los que son penitentes.

De modo que se levantaba y se ponía a trabajar. Por lo que sabía, ésa era la mejor forma de hacer penitencia. Durante la noche trabajaba en silencio pero sin pausa, lavaba los vasos empañados y los platos pegajosos que había en los armarios de cocina y ponía orden allá donde antes no lo había. Ningún orden. Las tazas de té estaban entre el ketchup, la mostaza y el papel higiénico, encima de un cubo de miel. No había papel parafinado, ni tan siquiera un periódico sobre los estantes. El azúcar moreno que había en una bolsa estaba más duro que una piedra. Era comprensible que las cosas hubiesen ido de mal en peor en los últimos meses, pero daba la impresión de un descuido absoluto y de una falta de organización de toda la vida. Los visillos se habían vuelto de color gris por el humo, y los cristales de las ventanas estaban grasientos. Los restos de un poco de mermelada que había en un

bote tenían moho, y en un jarrón donde antes había flores el agua estancada desprendía un olor pestilente. Pero todavía era una buena casa que se podría restaurar a base de fregar y pintar.

Aunque, ¿qué se podía hacer con aquella pintura marrón tan fea con la que hacía poco y de cualquier manera habían pintado el suelo del salón?

Más tarde, cuando tenía un momento, limpiaba de malas hierbas el parterre de la madre de Rupert, arrancaba las bardanas y sacudía el césped que sofocaba las esforzadas plantas perennes.

Enseñaba a las niñas a utilizar correctamente sus cucharas y a bendecir la mesa.

Gracias por este mundo tan dulce.

Gracias por los alimentos que vamos a recibir...

Les enseñaba a cepillarse los dientes y a decir sus oraciones después.

«Que Dios bendiga a mamá y a papá y a Enid y a la tía Olive y al tío Clive y a la princesa Elizabeth y a Margaret Rose», y después cada una añadía el nombre de la otra. Ya hacía tiempo que venían repitiéndolo, cuando Sylvie preguntó:

—¿Qué significa?

—¿Qué significa qué? —dijo Enid.

—¿Qué significa «que Dios te bendiga»?

Enid hacía batidos de huevo y leche, sin añadirles sabor a vainilla, y se los daba a cucharadas a la señora Quinn. Le daba un poco de esa nutritiva bebida en pequeñas dosis y de esa forma la señora Quinn conseguía mantenerlo en el estómago. Si esto no surtía efecto, entonces le daba cucharadas de ginger ale tibio y sin burbujas.

A la señora Quinn la luz solar o cualquier tipo de luz le resultaban ya tan incómodas como el ruido. Enid tenía que colgar gruesos edredones en las ventanas incluso con las persianas bajadas. Con el ventilador apagado, tal y como exigía la señora Quinn, hacía mucho calor en la habitación y el sudor goteaba de la frente de Enid al inclinarse sobre la cama para atender a la paciente. La señora Quinn siempre tiritaba; nunca entraba en calor.

—Esta enfermedad se hace eterna —dijo el médico—. Deben de ser tus batidos lo que le dan fuerzas para seguir viva.

—Batidos de huevo —dijo Enid, como si eso importase.

La señora Quinn solía sentirse demasiado débil o demasiado cansada para hablar. A veces se aletargaba, su respiración se debilitaba y el pulso se volvía tan esquivo que cualquiera que no tuviese la experiencia de Enid la habría dado por muerta. Pero en otras ocasiones se encontraba mucho mejor, quería la radio encendida y luego la quería apagada. Todavía sabía perfectamente quién era ella y quién era Enid, y a veces parecía observarla con una mirada especulativa o inquisitiva. El buen color hacía tiempo que había desaparecido de su rostro y hasta de sus labios, pero sus ojos tenían un aspecto más verdoso que en el pasado, un color lechoso, como de un verde nublado. Enid trataba de responder a su mirada.

—¿Quiere que traiga un sacerdote para que venga a hablar con usted? Se diría que la señora Quinn quería escupirle.

—¿Es que acaso parezco una maldita irlandesa?

—¿Un pastor? —preguntó Enid. Sabía que preguntarlo era lo que debía hacer, pero el ánimo con que formuló la pregunta no era bienintencionado, era frío y sutilmente malicioso.

No, no era eso lo que quería la señora Quinn. Gruñó, insatisfecha. Todavía conservaba cierta energía y Enid tenía la impresión de que la acumulaba con algún propósito.

—¿Quiere hablar con sus hijas? —dijo, obligándose a hablar en un tono compasivo y estimulante—. ¿Es eso lo que quiere?

No.

—¿Su marido? Estará aquí dentro de un rato.

Enid no estaba segura. Algunas noches Rupert llegaba muy tarde, después de que la señora Quinn hubiera tomado sus pastillas y se hubiese dormido. Luego se sentaba con Enid. Siempre le traía el periódico. En una ocasión Rupert le preguntó por lo que escribía en sus cuadernos —cayó en la cuenta de que tenía dos— y ella se lo contó. Uno era para el médico y en él apuntaba la presión sanguínea, el pulso y la temperatura y hacía una relación de lo que comía, vomitaba, defecaba, de los medicamentos que tomaba y un resumen general del estado del

paciente. En el otro cuaderno, que era para sí misma, lo que escribía era muy parecido, aunque quizá no tan preciso, pero añadía detalles sobre el tiempo atmosférico y sobre lo que ocurría a su alrededor. Y sobre las cosas que quería recordar.

—Por ejemplo, el otro día escribí algo —dijo ella—. Una cosa que dijo Lois. Lois y Sylvie entraron cuando la señora Green se encontraba aquí y ella hablaba de cómo crecían los arbustos de bayas a lo largo de la callejuela y cómo lo cubrían prácticamente todo. Lois dijo: «Es como en *La Bella durmiente*». Como yo les leí el cuento, por eso lo anoté en el cuaderno.

—Tendré que podar esos arbustos —dijo Rupert.

Enid tuvo la impresión de que él estaba encantado de lo que había dicho Lois y de que ella lo hubiera apuntado, pero era incapaz de expresarlo.

Una noche Rupert le dijo que estaría fuera durante un par de días, en una subasta de ganado. Le preguntó al médico si podía ir y éste respondió afirmativamente.

Aquella noche llegó antes de que a ella le suministrasen las últimas píldoras y Enid supuso que él quería ver a su mujer despierta antes de su breve viaje. Le pidió que fuese directamente a la habitación de la señora Quinn, él lo hizo así y cerró la puerta tras de sí. Enid cogió el periódico y pensó en subir a leerlo, pero probablemente las niñas aún no estarían dormidas y buscarían algún pretexto para llamarla. Podía salir al porche, pero a esas alturas del día habría mosquitos, especialmente después de una lluvia como la de aquella tarde.

Le asustaba poder oír algo sin querer, alguna intimidación o quizá la posibilidad de una pelea, y luego tener que mirar a Rupert cuando saliera de la habitación. Algo se cocía en la cabeza de la señora Quinn, de eso estaba segura. Y antes de decidir adónde ir, oyó algo de pasada. No se trataba de reproches o (si eso fuera posible) de expresiones de cariño, ni siquiera de oírla llorar, que era lo que hasta cierto punto esperaba, sino que oyó una risotada. Oyó a la señora Quinn reír débilmente, y en aquellas risas se encontraba el tono burlón y la satisfacción de la que Enid había sido testigo anteriormente, pero había también algo que nunca había escuchado antes, algo deliberadamente vil. Ella no se mo-

vió, aunque debería haberlo hecho, y todavía se encontraba en la mesa, todavía observaba la puerta de la habitación cuando el marido salió unos instantes más tarde. Él no apartó la vista de los ojos de ella, ni ella de los de él. No podía. Aunque no podía afirmar con seguridad si él la había visto. Simplemente la miró y se marchó. Tenía el aspecto de quien se hubiera agarrado a un cable eléctrico y pidiera disculpas —¿a quién?— porque su cuerpo se hubiese dado a esa absurda catástrofe.

Al día siguiente la señora Quinn pareció recobrar sus fuerzas, de aquella manera tan poco natural y engañosa que Enid ya había visto en una o dos ocasiones en otros pacientes. La señora Quinn quería incorporarse apoyándose sobre las almohadas. Quería el ventilador encendido.

—Qué gran idea —dijo Enid.

—Podría contarte algo que no te creerías —dijo la señora Quinn.

—La gente me cuenta muchas cosas —dijo Enid.

—Claro. Mentiras —dijo la señora Quinn—. Apuesto a que son todo mentiras. ¿Sabes que el señor Willens estuvo aquí, en esta habitación?

III. ERROR

La señora Quinn estaba sentada en la mecedora sometiéndose a un examen ocular y el señor Willens se encontraba frente a ella con la cosa frente a sus ojos, y ninguno de los dos oyó entrar a Rupert porque se suponía que estaba cortando madera cerca del río. Pero había vuelto sigilosamente. Atravesó la cocina sin hacer ningún ruido —debió de ver fuera el coche del señor Willens— y luego abrió la puerta de la habitación con cuidado, hasta que vio al señor Willens de rodillas, sujetando aquello a la altura de sus ojos y con la otra mano sobre las rodillas de ella, para mantener el equilibrio. Estaba agarrado a la pierna de ella para mantener el equilibrio, la falda levantada y la pierna al descubierto, pero eso es todo lo que ocurrió, ella no podía hacer nada, tenía que procurar estar quieta.

De modo que Rupert entró en la habitación sin que nadie le oyese y entonces dio un salto y aterrizó sobre el señor Willens como un rayo y éste no se pudo levantar ni darse la vuelta. Rupert le cogió la cabeza y la golpeó contra el suelo una y otra vez, le golpeó hasta la muerte y ella

saltó con tal rapidez que la silla volcó y la caja donde el doctor Willens dejaba sus cosas para los ojos se volcó de manera que todo saltó por los aires. Rupert siguió zurrándole y ella no estaba segura, tal vez golpeó también la pata de la estufa. Entonces pensó después me toca a mí. Pero no había manera de esquivarles para huir de la habitación. Y además vio que, después de todo, Rupert no iba a por ella. Se había quedado sin aliento. Levantó la silla y se sentó. Entonces ella se fue hasta el doctor y le dio la vuelta, con todo lo grande que era, para ponerle derecho. Sus ojos no estaban abiertos del todo, tampoco cerrados, y le salía baba por la boca. Pero sobre la cara no había ni heridas abiertas ni señales de magulladuras; tal vez todavía era demasiado pronto para que apareciesen las heridas. Lo que salía de su boca ni siquiera parecía sangre. Tenía un color rosáceo y, para saber a qué se parecía, era como la espuma que sale a la superficie cuando se hierven fresas para hacer mermelada. Un color rosa brillante. Tenía toda la cara embadurnada, ya que Rupert le había tenido boca abajo. Emitió un sonido cuando ella le dio la vuelta. *Glug-glug*. Eso era todo. *Glug-glug* y quedó tendido como una piedra.

Rupert saltó de la silla de modo que ésta siguió meciéndose y empezó a recogerlo todo y a poner las cosas en la caja del señor Willens, cada una en el lugar que le correspondía. Cada cosa en su justo lugar. Perdiendo el tiempo de esa manera. Se trataba de una caja especial, forrada de felpa roja y con un lugar especial para cada una de las cosas que utilizaba, y había que colocarlas correctamente o de lo contrario la tapa no cerraba. Rupert logró cerrarla, luego se limitó a sentarse otra vez en la silla y comenzó a golpearse las rodillas.

Sobre la mesa había uno de esos manteles que no valen para nada, un recuerdo de cuando la madre y el padre de Rupert fueron hacia el norte a ver a las quintillizas Dionne. Ella lo quitó de la mesa y con él envolvió la cabeza del señor Willens para que absorbiera la sustancia rosa y para no tener que seguir mirándole. Rupert seguía golpeándose las manos grandes y lisas. Ella dijo a Rupert tenemos que enterrarlo en algún sitio.

Rupert se limitó a mirarla como diciendo ¿por qué?

Ella dijo que podían enterrarle abajo, en el sótano, que tenía el suelo de tierra.

—Muy bien —dijo Rupert—. ¿Y dónde vamos a enterrar su coche?

Ella dijo que lo podían poner en la cuadra y cubrirlo con heno.

Él respondió que mucha gente husmeaba en el granero.

Entonces a ella se le ocurrió meterlo en el río. Se lo imaginó sentado en su coche bajo el agua. Se le vino a la cabeza como si fuera una fotografía. Al principio Rupert no respondió, de modo que ella se metió en la cocina, cogió un poco de agua y limpió al señor Willens para que no babease. De su boca ya no salía ninguna porquería. Cogió sus llaves, que tenía en el bolsillo. Sintió a través de la tela de sus pantalones la grasa de su muslo aún caliente.

Le dijo a Rupert, vamos, muévete.

Él cogió las llaves.

Levantaron al señor Willens, ella por los pies y Rupert por la cabeza. Pesaba una tonelada. Como si fuera de plomo. Pero mientras cargaban con él, uno de sus zapatos parecía como si la golpease entre las piernas y ella pensó, ahí estás, todavía dando guerra, viejo diablillo cachondo. Hasta su viejo pie muerto seguía dando la lata. No es que ella le dejase propasarse nunca, pero él siempre estaba dispuesto a ponerle las manos encima si las circunstancias se lo permitían. Como cuando cogía la parte de arriba de su pierna bajo la falda con la cosa puesta sobre el ojo y ella no podía pararle y Rupert andaba husmeando y se llevaba una idea equivocada.

Bajo el umbral de la puerta, a través de la cocina, cruzando el porche y bajando las escaleras. No había moros en la costa. Pero era un día ventoso y lo primero fue que el viento hizo volar la tela con la que habían cubierto la cara del señor Willens.

Su patio no podía verse desde la carretera, estaban de suerte. Únicamente la cima del tejado y la ventana de arriba. No se vislumbraba el coche del señor Willens. Rupert había pensado en lo demás. Llevarlo a Jutland, donde el agua era profunda y había un camino que podía dar la impresión de que el doctor Willens acababa de llegar desde la carretera y se había despistado. Como si hubiera salido de la carretera de Jutland, quizá de noche, y hubiera acabado en el agua antes de darse cuenta de dónde estaba. Como si hubiese cometido un error.

Y lo había hecho. No cabía duda de que el señor Willens había cometido un error.

El problema era que había que salir por el sendero e ir por la carretera hasta el desvío que llevaba a Jutland. Pero allí abajo no vivía nadie y tras el desvío de Jutland se llegaba a una zona donde no había salida, ojalá que no se cruzasen con nadie en esa media milla. Luego Rupert metería al señor Willens en el asiento del conductor y empujaría el coche por la orilla hasta que cayese al agua. Lo empujaría hacia el estanque. Hacerlo le supondría un gran trabajo, pero Rupert era un tipo fuerte. Si no lo fuera, no se habrían metido en ese lío.

Le costó un poco arrancar el coche porque nunca había conducido ninguno de ese tipo, pero lo consiguió, dio la vuelta y condujo por el sendero con el señor Willens botando y rebotando contra él. Se había puesto el sombrero del señor Willens, el sombrero que estaba en el asiento del coche.

¿Por qué se lo había quitado antes de entrar en la casa? No sólo para demostrar su educación, sino también para poder agarrarla y besarla mejor. Si eso podía llamarse un beso, arrimarse a ella con la caja todavía en una mano y cogerla con la otra y chuparla con su boca vieja y babeante. Mamaba y mascaba los labios y la lengua de ella y se le arrimaba mientras la esquina de la caja se clavaba en sus nalgas. Ella estaba tan sorprendida por la fuerza con que él la había cogido que no sabía cómo librarse. Empujándola, chupándola, babeando, presionando y haciéndolo todo a la vez. Era un puerco viejo verde.

Ella cogió el mantel de las quintillizas que el viento había arrastrado hasta la valla. Miró cuidadosamente para ver si quedaban rastros de sangre en los escalones, en el porche o en la cocina, pero toda la sangre que vio estaba en el cuarto de estar. También se habían manchado sus zapatos. Restregó el suelo y restregó sus zapatos, que se tuvo que quitar, y hasta que no hubo acabado de hacer todo esto no cayó en la cuenta de que tenía una mancha justo en la parte frontal de su blusa. ¿Cómo había llegado hasta allí? Y mientras la miraba, oyó un ruido que la dejó petrificada. Oyó un coche, se trataba de un vehículo que desconocía y que bajaba por el sendero.

Miró a través de los visillos y sus sospechas se confirmaron. Se trataba de un coche nuevo de color verde oscuro. Y allí estaba ella, descalza, con su ropa manchada y para colmo con el suelo recién fregado.

Se alejó hasta donde no pudieran verla, pero no se le ocurrió dónde podía esconderse. El coche se paró y se abrió una de las puertas aunque no habían apagado el motor. Oyó cómo cerraban la puerta, cómo el coche daba la vuelta y el ruido del motor alejándose por el sendero. Y oyó a Lois y a Sylvie en el porche.

Se trataba del coche del novio de la profesora. Él recogía a la maestra todos los viernes por la tarde y hoy era viernes. Así es que la profesora le dijo, ¿por qué no llevamos a éstas a casa?, son las más pequeñas, tienen que recorrer un buen trecho y parece que va a llover.

Y también llovió. Había comenzado a llover a la vuelta de Rupert, que venía caminando hacia casa a lo largo de la orilla. Ella dijo, buena cosa, cubrirá de barro tus huellas allí donde lo empujaste. Él respondió que se había quitado los zapatos y que había trabajado en calcetines. Debe de ser que el cerebro te funciona otra vez, dijo ella.

En lugar de tratar de aclarar el mantel o la blusa que llevaba puestos, decidió quemar ambas prendas en el horno. Olían a mil demonios y el mal olor la ponía enferma. Así fue como se puso mala. Así y con la pintura. Tras limpiar el suelo, todavía podía ver el lugar donde pensaba que quedaba una mancha, de modo que cogió la pintura marrón que sobró de cuando Rupert tuvo que pintar las escaleras y pintó todo el suelo. Así empezaron sus vómitos, al inclinarse sobre la pintura y respirarla. Y los dolores de espalda, también comenzaron por aquello.

Tras pintar el suelo, prácticamente dejó de entrar en el salón. Pero un día pensó que lo mejor sería poner otro mantel en la mesa. Haría que las cosas tuviesen un aspecto normal. Si no lo hacía, entonces podía dar por seguro que su cuñada vendría cotilleando y preguntaría dónde estaba ese mantel que trajeron mamá y papá cuando fueron a ver a las quintillizas. Con un mantel diferente, siempre podría decir, bueno, la verdad es que me apetecía un cambio. Pero que no hubiera un mantel resultaría extraño.

De modo que escogió uno que la madre de Rupert había bordado con figuras de cestas de flores, y al pisar el salón, notó que todavía podía sentir aquel olor, y allí sobre la mesa estaba la caja de color rojo oscuro que contenía las cosas del señor Willens con su nombre grabado y que había permanecido allí todo aquel tiempo. Ella ni siquiera se

acordaba de haberlo puesto allí ni tampoco recordaba que lo hubiese hecho Rupert. Se había olvidado del asunto.

Se llevó la caja, la escondió en un sitio y luego en otro. Nunca había contado dónde la escondió ni tenía la menor intención de hacerlo. La habría hecho pedazos, pero ¿cómo romper lo que había dentro? Los chismes para examinar, ah, señora, ¿quiere que examine sus ojos?, siéntese aquí, relájese, cierre un ojo y mantenga el otro bien abierto. Ahora bien abierto. Siempre era el mismo juego, se suponía que ella no debía sospechar lo que estaba ocurriendo, y mientras observaba su ojo con la cosa, quería que ella tuviese puestas las bragas, el viejo pervertido que resoplaba, y sus dedos que se iban lubricando, y él seguía resoplando. Ella se suponía que no debía decir nada hasta que él parase y pusiese su cosa otra vez en la caja, tras lo cual ella debía decir: «Señor Willens, dígame, ¿cuánto le debo por lo de hoy?».

Y ésa era la señal para que él la tumbara y la montara como hacen los sementales con las yeguas. Y aquello era un mete y saca sobre el duro suelo mientras él la empujaba con tal fuerza que casi la partía en dos. Que se vaya al cuerno.

Habrás visto.

Luego salió la noticia en los periódicos. El señor Willens ahogado.

Se decía que tenía la cabeza magullada por los golpes que se había dado contra el volante. Se decía que estaba vivo cuando cayó al agua.

Qué risa.

IV. MENTIRAS

Enid permaneció despierta toda la noche, ni siquiera trató de dormir. No se pudo acostar en la habitación de la señora Quinn. Durante horas permaneció sentada en la cocina. Moverse le suponía un gran esfuerzo, incluso para hacerse una taza de té o para ir al baño. Mover su cuerpo significaba remover las cosas, cuando lo que debía hacer era ordenar su mente y acostumbrarse a las ideas que le rondaban. Ni se desvistió ni se soltó los cabellos, y cepillarse los dientes le resultó trabajoso y poco familiar. La luz de la luna entraba por la ventana de la cocina

—estaba sentada a oscuras— y estuvo contemplando cómo la luz se desplazaba sobre el linóleo en medio de la noche hasta desaparecer. Le sorprendió su desaparición y luego le sorprendió el despertar de los pájaros al llegar el nuevo día. En un principio la noche le pareció muy larga y luego demasiado breve, ya que no había tomado decisión alguna.

Con la primera luz del día se levantó envarada, abrió la puerta y se sentó en el porche. Incluso ese movimiento confundía sus pensamientos. Tuvo que reorganizarlos de nuevo y situarlos a dos niveles. Lo que había ocurrido —o lo que le habían dicho que había ocurrido— por un lado, y qué hacer por el otro. Qué hacer, eso era lo que no estaba claro.

Se habían llevado a las vacas del pequeño prado situado entre la casa y la ribera del río. Si lo deseaba, podía abrir la verja y caminar en esa dirección. Sin embargo, sabía que debía volver para ver a la señora Quinn. Pero se encontró a sí misma abriendo el cerrojo de la verja.

Las vacas no habían acabado con toda la hierba. Empapada como estaba, le rozaba las medias. Aun así, el sendero estaba despejado bajo los árboles de la ribera del río, aquellos enormes sauces de los que colgaban uvas silvestres que parecían los peludos brazos de un mono. Se levantó la bruma de manera tal que a duras penas se veía el río. Había que fijar la mirada, concentrarse, y al fin se vislumbraba un poquito de agua, tan calma como si estuviera en un jarro. En algún sitio habría corriente, pero no pudo encontrarla.

Luego vio algo que se movía, pero que no era el agua. Una barca que se balanceaba. Amarrada a una rama se encontraba una vieja barca de remos que se alzaba suavemente, se alzaba y caía con delicadeza. Ahora que la había encontrado, siguió observándola, como si le dijese algo. Y se lo dijo. Dijo algo delicado y definitivo.

Ya sabes. Ya sabes.

Cuando las niñas se despertaron, la encontraron rebosante de buen humor, recién lavada, vestida y con el pelo suelto. Acababa de preparar una gelatina mezclada con frutas que estaría lista para comer al mediodía. Y mezclaba una masa para hacer galletas que podría cocinar antes de que el excesivo calor impidiese utilizar el horno.

—¿Es ésa la barca de vuestro padre? —preguntó Enid—. La de allá abajo, en el río.

Lois respondió que sí. «Pero no nos dejan jugar con ella. Si tú bajases con nosotras, entonces sí que podríamos.» Se dieron cuenta enseguida de las ventajas que podrían disfrutar ese día, de la oportunidad de pasarlo bien, como si estuvieran de vacaciones, de esa curiosa mezcla de languidez y entusiasmo de Enid.

—Ya veremos —dijo Enid. Quería que fuera un día especial para ellas, aparte de que iba a ser el día de la muerte de la madre de las niñas, de eso tenía la certeza absoluta. Quería que guardasen en su memoria algo que arrojase una luz redentora sobre lo que pudiera ocurrir más adelante. Sobre ella misma, en definitiva, y sobre la manera en que ella pudiera influir posteriormente en sus vidas.

Esa mañana apenas pudo encontrar el pulso a la señora Quinn, que parecía no poder levantar la cabeza ni abrir los ojos. Un gran cambio con respecto al día anterior, que a Enid no le sorprendió. Pensó que lo último sería ese gran acelerón de energía, esa perversa palabrería. Acercó una cucharada de agua hacia los labios de la señora Quinn y ésta absorbió un poquito. Emitió una especie de maullido, el último indicio, con toda seguridad, de su agonía. Enid no llamó al médico porque de todas formas tenía que pasar a lo largo del día, probablemente a primera hora de la tarde.

Agitó agua enjabonada en un bote de cristal y dobló un trozo de alambre y luego otro para hacer pompas de jabón. Les mostró a las niñas cómo se hacían esas pompas, soplando con fuerza y con cuidado hasta que una fina burbuja de jabón resplandeciente comenzaba a temblar sobre el alambre para finalmente liberarse. Persiguieron las burbujas por el jardín y las hicieron flotar en el aire hasta que la brisa las atrapó y las condujo a colgarse entre los árboles o sobre los aleros del porche. Debían de ser los gritos de admiración lo que las mantenía vivas, los gritos de júbilo que se alzaban desde el jardín. Enid las dejó hacer todo el ruido que quisieron, y cuando se consumió la mezcla de espuma, preparó más.

El médico telefoneó mientras daba de comer a las niñas: gelatina de frutas y un plato de galletas regadas con azúcar de color y vasos de leche en los que había añadido sirope de chocolate. El médico le dijo que

se había retrasado porque un chiquillo se había caído de un árbol y que probablemente no podría llegar hasta poco antes de la hora de cenar. Enid dijo con delicadeza: «Creo que se nos va».

—Bueno, procura que esté tan cómoda como sea posible —dijo el médico—. Sabes hacerlo tan bien como yo.

Enid no telefoneó a la señora Green. Sabía que Rupert no volvería aún de la subasta y pensaba que la señora Quinn, si es que en algún momento volvía en sí, no querría ver ni oír a su cuñada en la habitación. Tampoco parecía probable que quisiera ver a las niñas. Y ellas no guardarían un buen recuerdo de haber visto a su tía en un momento como aquél.

Enid ya no se molestó en averiguar el nivel de presión sanguínea o la temperatura de la señora Quinn, únicamente lavó su cara y sus brazos y le ofreció agua, cosas de las que la enferma ni se enteraba. Encendió el ventilador, cuyo ruido nunca le había gustado a la señora Quinn. El olor que desprendía su cuerpo parecía cambiar, perdía aquel intenso olor a amoníaco. Se había transformado en un vulgar olor a muerte.

Salió y se sentó en las escaleras. Se quitó los zapatos y las medias y estiró las piernas bajo el sol. Las niñas comenzaron precavidamente a acosarla, preguntándole si las llevaría al río, si podrían sentarse en la barca o si las dejaría remar si encontraban los remos. Sabía que no podía abandonar su puesto pero les preguntó si les gustaría tener una piscina, dos piscinas, y sacó los dos cubos de la colada, los colocó sobre la hierba y los llenó con agua de la bomba de la cisterna. Se quedaron en ropa interior y se zambulleron en el agua, convirtiéndose en la princesa Elizabeth y la princesa Margarita Rose.

—¿Qué os parece? —preguntó Enid mientras permanecía sentada sobre la hierba con la cabeza reclinada y los ojos cerrados—. Si una persona hace algo muy malo, ¿pensáis que debe ser castigada?

—Sí —dijo Lois de inmediato—, se merece una tunda.

—¿Quién ha sido? —dijo Sylvie.

—Pensaba en cualquiera —contestó Enid—. ¿Y qué pasaría si se tratase de algo muy malo pero que nadie lo supiese? ¿Deberían contar lo que hicieron y luego ser castigados?

—Yo sabría que son culpables —dijo Sylvie.

—No lo sabrías —dijo Lois—. ¿Cómo lo ibas a saber?

—Los habría visto.

—Claro que no.

—¿Sabéis por qué creo que deberían ser castigados? —dijo Enid—. Es por lo mal que se van a sentir por dentro. Aunque nadie les hubiese visto actuar o nadie lo supiese jamás. Si haces algo muy malo y no te castigan, te sientes peor, mucho peor que si te castigan.

—Lois robó un peine verde —dijo Sylvie.

—No es verdad —dijo Lois.

—Quiero que lo recordéis —dijo Enid.

—Estaba tirado al lado de la carretera —dijo Lois.

Enid entraba en el cuarto de la convaleciente aproximadamente cada media hora para limpiar con un paño húmedo la cara y las manos de la señora Quinn. No le dirigía la palabra y nunca tocaba su mano si no era con el paño. Nunca se había ausentado tanto del lado de una persona agonizante. Cuando abrió la puerta alrededor de las cinco y media, supo que en esa habitación ya no quedaba nadie con vida. La sábana estaba apartada y la cabeza de la señora Quinn colgaba sobre un lado de la cama, algo que Enid no anotó ni mencionó a nadie. Devolvió el cuerpo a su postura original, lo lavó e hizo la cama antes de que llegase el médico. Las niñas jugaban en el jardín.

«5 de julio. Lluvia a primera hora de la mañana. L y S juegan bajo el porche. El ventilador se apaga y se enciende; emite quejidos. Media taza de ponche de huevo. Una cucharada cada vez. P.S. sube, pulso rápido, no hay quejas por el dolor. La lluvia no refrescó demasiado. RQ por la noche. Terminada la recolección del heno.

»6 de julio. Día caluroso, muy cerrado. Pongo ventilador pero no quiere. Toalla humedecida con frecuencia. RQ por la noche. Empieza a cortar trigo mañana. Todo adelantado una o dos semanas debido al calor, lluvia.

»7 de julio. Calor constante. No toma ponche de huevo. Ginger ale con la cuchara. Muy débil. Lluvia muy fuerte anoche, viento. RQ no pudo cortar. El grano aplastado en algunos lugares.

»8 de julio. Rechaza ponche de huevo. Ginger ale. Vómitos de madrugada. Más espabilada. RQ va a la subasta de ganado, se marcha dos días. El doctor da visto bueno.

»9 de julio. Paciente en estado de agitación. Horribles palabras.

»10 de julio. La paciente señora de Rupert (Jeanette) Quinn murió hoy aproximadamente a las 5 de la tarde. Fallo del corazón debido a la uremia (glomerulonefritis).»

Enid no tenía la costumbre de ir a los funerales de sus pacientes. Le parecía que lo mejor era salir de la casa tan pronto como buenamente pudiera. Su presencia no era más que un recuerdo del periodo anterior a la muerte, que probablemente habría sido penoso, lleno de calamidades físicas y que se minimizaría mediante ceremonias, hospitalidad, flores y pasteles.

Con frecuencia solía aparecer algún familiar femenino dispuesto a hacerse cargo de las tareas domésticas y Enid pasaba repentinamente a la situación de invitada mal acogida.

De hecho, la señora Green llegó a casa de los Quinn antes que el director de la funeraria. Rupert todavía no había aparecido. El médico se encontraba en la cocina tomando una taza de té y hablándole a Enid de otra paciente de la que podría encargarse porque allí todo había terminado. Enid se mostró evasiva, comentó que pensaba tomarse unas vacaciones. Las niñas estaban arriba. Enid les contó que su madre se había ido al cielo, lo que terminó de poner la guinda a ese día extraño y lleno de acontecimientos que habían vivido.

La señora Green se mostró tímida hasta que se marchó el médico. Permaneció de pie junto a la ventana hasta que el coche dio la vuelta y se alejó. Entonces dijo: «Quizá no debiera decirlo en este momento, pero lo haré. Me alegro de que haya ocurrido ahora y no más tarde, con el verano ya terminado y el comienzo del colegio. Ahora tendré tiempo para acostumbrarlas a vivir con nosotros y para que se hagan a la idea del nuevo colegio al que van a ir. Rupert también tendrá que acostumbrarse».

Fue en ese momento cuando Enid cayó en la cuenta por primera vez de que la señora Green pretendía llevarse a las niñas a vivir con

ella, no sólo para quedarse una temporada. La señora Green ansiaba llevarse a las niñas y tal vez lo pensaba desde hacía tiempo. Era muy probable que ya hubiera preparado los dormitorios de las niñas y comprado telas para hacerles ropas nuevas. Su casa era amplia y no tenía hijos.

—Usted también debe de estar deseando marcharse a casa —le dijo a Enid. En tanto quedase otra mujer en el hogar, podría parecer que había dos rivales y de esta forma sería más difícil que su hermano comprendiese la necesidad de llevarse a las niñas—. Rupert puede acercarla a casa cuando venga.

Enid respondió que no era necesario, su madre pasaría a recogerla.

—Ah, me olvidé de su madre —dijo la señora Green—. Su madre, con su coche tan pequeño y tan bonito.

La señora Green se animó y comenzó a abrir las puertas de los armarios para comprobar el estado de los vasos y las tazas de té. ¿Estarían limpias para el funeral?

—Veo que alguien ha estado muy atareada —dijo, ahora bastante aliviada con respecto a Enid y dispuesta a elogiarla.

El señor Green esperaba fuera en la camioneta con su perro, General. La señora Green llamó a Lois y a Sylvie, que se encontraban en el piso de arriba, y bajaron corriendo con unas bolsas marrones de papel llenas de ropa. Atravesaron la cocina corriendo y dieron un portazo sin fijarse siquiera en Enid.

—Eso tiene que cambiar —dijo la señora Green refiriéndose al portazo. Enid oyó a las niñas saludar encantadas a General y a General ladrar con entusiasmo en señal de respuesta.

Enid volvió dos días más tarde, conduciendo ella misma el coche de su madre. Llegó con retraso, por la tarde, cuando el funeral ya había terminado. Fuera no quedaban otros coches, lo que significaba que las mujeres que habían ayudado en la cocina se habían marchado a sus casas llevándose las sillas y las tazas adicionales y la cafetera grande que pertenecía a su iglesia. Sobre la hierba quedaban las huellas de los coches y algunas flores aplastadas.

Ahora debía llamar a la puerta. Debía esperar a que le dieran permiso para entrar.

Oyó los pesados y firmes pasos de Rupert. Le saludó mientras él permanecía de pie frente a ella, al otro lado de la puerta mosquitera, pero no le miró a la cara. Estaba en mangas de camisa aunque llevaba puestos los pantalones de un traje. Abrió el gancho de la puerta.

—No sabía si habría alguien —dijo Enid—. Pensé que tal vez aún estabas en el granero.

—Todos han arrimado el hombro en la tarea —dijo Rupert. Enid podía sentir el olor a whisky que despedía, pero no parecía borracho—. Pensé que sería una de las mujeres que venía a recoger algo que hubiera olvidado.

—No me he olvidado de nada. Venía a preguntar cómo se encuentran las niñas —dijo Enid.

—Están bien. Están en casa de Olive.

No estaba claro si la iba a dejar pasar. Era el desconcierto lo que le paralizaba, no la hostilidad. Enid no se sentía a gusto con una conversación tan embarazosa. Para no tener que mirarle, miró hacia el cielo.

—Se nota que las tardes se acortan —dijo—. Aunque no haya pasado ni un mes desde el día más largo.

—Es cierto —dijo Rupert. Ahora sí abrió la puerta y se hizo a un lado para que ella entrase. Sobre la mesa había una taza sin el platillo. Enid se sentó al otro extremo de la mesa. Llevaba un vestido de crepé de seda color verde oscuro y unos zapatos de ante a juego. Cuando se puso todo aquello encima pensó que podría ser la última vez que se vistiese y que aquellas serían las últimas ropas que se pondría nunca. Se arregló el pelo con un trenzado francés y se empolvó la cara. Sus cuidados, su vanidad, parecían superfluos pero para ella eran necesarios. Llevaba despierta tres noches seguidas, no había dormido un solo minuto, y había sido incapaz de comer e incluso de engañar a su madre.

—¿Es que esta vez ha sido muy duro? —le había preguntado su madre. Detestaba las conversaciones referentes a enfermedades o moribundos, y que su madre hubiese llegado al punto de preguntarle semejante cosa significaba que su angustia saltaba a la vista—. ¿Te encariñaste con las niñas? Pobres criaturas.

Enid respondió que únicamente se trataba de volver a la normalidad tras una dolencia tan larga y que una dolencia sin ninguna esperanza genera una gran tensión. Durante el día no salía de casa de su madre, pero por la noche salía a pasear, cuando tenía la certeza de que no se encontraría con nadie y no tendría que pararse a hablar. Una noche se encontró delante de los muros de la prisión del condado. Sabía que detrás de esos muros estaba el patio de la prisión y que en el pasado se había ahorcado a gente en ese preciso lugar. Pero llevaban muchísimos años sin hacerlo. Posiblemente ahora se haría en una prisión central mucho más amplia, cuando hubiera que hacerlo. Y hacía mucho tiempo que nadie de la comunidad había cometido un delito tan grave.

Sentada frente a Rupert al otro extremo de la mesa, de cara a la puerta de la habitación de la señora Quinn, casi se olvidó del pretexto que la había llevado hasta allí, perdiendo el hilo de cómo debían ir las cosas. Sintió el bolso en su regazo, el peso de la cámara en el interior, y eso le hizo recordar.

—Hay una cosa que me gustaría pedirte —dijo ella—. Creo que debería hacerlo ahora, porque ésta podría ser mi última oportunidad.

—¿Y bien? —dijo Rupert.

—Sé que tienes una barca de remos. Me gustaría que me llevaras hasta la mitad del río. Así podría hacer una foto. Me gustaría fotografiar la ribera del río. Esa zona es preciosa, con esos sauces a lo largo de la ribera.

—Muy bien —dijo Rupert, con esa incapacidad para la sorpresa que muestra la gente del campo ante la frivolidad, e incluso ante la mala educación, de sus visitantes.

Una visitante, eso es lo que era ella ahora.

Su plan era esperar hasta que llegasen a mitad del río y luego decirle que no sabía nadar. Primero le preguntaría si él sabía cuál era la profundidad del río en ese punto, y Rupert con toda seguridad diría que con lo que había llovido habría una profundidad de siete, ocho o incluso diez pies. Y luego le comentaría que ella no sabía nadar. Y no se trataba de una mentira. Se había criado en Walley, en el lago, había

jugado en la playa cada verano de su infancia, era una niña fuerte y buena en los juegos, pero tenía miedo al agua y ni la persuasión, ni la vergüenza, ni la enseñanza funcionaron: no había aprendido a nadar.

Él sólo tendría que empujarla con uno de los remos y derribarla para que cayese al agua y, de esta forma, se hundiese. Luego dejaría la barca en el agua y nadaría hacia la orilla, se cambiaría las ropas y diría que venía del granero o de dar un paseo y que se había encontrado allí con el coche, ¿y dónde se había metido ella? Y si encontraban la cámara fotográfica sería más verosímil. Ella había salido en la barca para hacer unas fotos y luego inesperadamente se había caído al río.

Una vez que él hubiese comprendido lo ventajoso de su situación, ella se lo contaría. Preguntaría: ¿es cierto?

Si no era verdad, la odiaría por preguntárselo. Si era cierto —¿y es que acaso no había creído ella siempre que aquello era cierto?— la odiaría de una manera más peligrosa. Aunque le dijera de inmediato, con toda sinceridad, que nunca diría nada.

Hablaría todo el tiempo en voz baja, recordando cómo el agua se lleva las voces en una noche de verano.

No lo voy a contar, pero tú sí. No puedes seguir viviendo guardándote un secreto como ése.

No puedes vivir en este mundo con ese peso a tus espaldas. No serás capaz de seguir con tu vida.

Si ella llegaba a decir eso y él no negaba lo que le decía ni la empujaba al río, Enid sabría que había ganado la apuesta. Le supondría muchas más palabras, una persuasión absolutamente firme pero serena, conseguir conducirla hacia el punto donde él tendría que empezar a remar de vuelta a la orilla.

O, perdido, él diría ¿qué puedo hacer?, y ella iría paso a paso, diciendo en primer lugar rema de vuelta a la orilla.

El primer paso de un viaje largo y terrible. Ella le indicaría cada movimiento a seguir y permanecería con él todo el tiempo que pudiese. Ahora amarra la barca. Camina hacia la orilla. Camina por la pradera. Abre la verja. Ella caminaría detrás o enfrente, lo que a él le pareciese mejor. Cruzaría el patio, subiría hasta el porche y entraría en la cocina.

Se despedirán, entrarán en sus respectivos coches y luego adónde vaya él será asunto suyo. Y ella no llamará a la policía al día siguiente. Esperará, la llamarán de comisaría e irá a visitarlo a prisión. Todos los días o con la frecuencia que le permitan, se sentará y hablará con él en la cárcel y también le escribirá cartas. Si lo mandan a otra prisión, irá hasta allí; aunque sólo le permitan verlo una vez al mes, estará siempre cerca. Y en el juicio, sí, estará cada día allí, se sentará donde él pueda verla.

Piensa que no le condenarán a muerte por un asesinato de ese tipo, en cierto modo accidental, sin duda un crimen pasional, pero la sombra siempre estará ahí para devolverle el sentido común cuando ella sienta que esas imágenes de devoción, de un vínculo que es como el amor pero que va más allá del amor, se convierten en indecentes.

Ahora todo ha comenzado. Al pedirle que la lleve al río, el pretexto de hacer la foto. Ambos están de pie y ella está situada frente a la puerta del cuarto de la enferma —ahora de nuevo el salón—, que está cerrada.

Ella dice una tontería.

—¿Se han quitado los edredones de las ventanas?

Él, por un momento, no parece entender a lo que ella se refiere. Luego dice: «Los edredones. Sí. Creo que fue Olive quien los quitó. Fue allí donde se celebró el funeral».

—Eso estaba pensando. El sol puede quitarles el color.

Él abre la puerta y ella da la vuelta a la mesa y permanecen de pie mirando a la habitación. Él dice: «Puedes entrar si quieres. No pasa nada. Entra».

La cama, por supuesto, ya no está. Los muebles están arrimados a la pared. El centro de la habitación, donde debieron poner las sillas para el funeral, está vacío. Del mismo modo que lo está el espacio que queda entre las ventanas que dan al norte, debió de ser ahí donde colocaron el ataúd. La mesa donde Enid tenía la costumbre de colocar la palangana, poner el mantel de algodón, las cucharas, los medicamentos, la han arrimado a una esquina y sobre ella descansa un ramillete de delfinio. Por las altas ventanas todavía entra mucha luz.

«Mentiras» es la palabra que oye Enid de entre todas las que dijo

la señora Quinn en esa habitación. *Mentiras. Apuesto a que son todo mentiras.*

¿Puede una persona inventar algo tan diabólico y con tal lujo de detalles? La respuesta es sí. La mente enferma de una persona, la mente de una persona moribunda puede generar todo tipo de basura y organizarla de la manera más convincente. La propia mente de Enid, cuando dormía en esta habitación, estaba plagada de las más repugnantes invenciones, llenas de mugre. Mentiras de esa naturaleza pueden aguardar en los recovecos de la mente, igual que los murciélagos que cuelgan de las esquinas, aprovechándose de cualquier atisbo de oscuridad. No se puede decir que esas cosas no puedan inventarse... Sólo hay que fijarse en lo elaborados que son los sueños, estrato sobre estrato, de manera que la parte que recuerdas y expresas con palabras no es más que la punta del iceberg.

Cuando Enid contaba cuatro o cinco años de edad le dijo a su madre que había ido a la oficina de su padre y que le había visto sentado tras su mesa de despacho con una mujer sobre las rodillas. Todo lo que podía recordar de esa mujer, ahora y entonces, era que llevaba un sombrero con un velo y con muchas flores (un sombrero bastante pasado de moda ya en esa época), y que su blusa estaba desabrochada mostrando un pecho, la punta del cual desaparecía dentro de la boca del padre de Enid. Ella se lo había contado a su madre con la perfecta seguridad de quien lo ha visto. Dijo: «Papá tenía en su boca una de sus delanteras». No conocía la palabra pechos aunque sabía que venían de dos en dos.

Su madre dijo: «Vamos a ver, Enid. ¿De qué hablas? ¿Se puede saber qué quieres decir con delantera?». «Pues una cosa que es como un cornete de helado», dijo Enid.

Y así lo había visto. Y aún podía seguir viéndolo, el cornete de barquillo coloreado con su bola de helado de vainilla aplastada contra el pecho de la mujer y el lado opuesto metido en la boca de su padre.

Su madre hizo entonces algo inesperado, se desabrochó el vestido y sacó un objeto sin brillo, como de piel suave, que dejó caer sobre su mano. «¿Como esto?», preguntó.

Enid dijo que no. «Era el cornete de un helado.» «Entonces es que

lo has soñado», dijo su madre. «Los sueños a veces son de lo más absurdos. No se lo cuentes a papá. Es una tontería.»

Al principio Enid no creyó a su madre, pero más o menos un año más tarde se dio cuenta de que una explicación como aquella debía ser cierta porque los cornetes de helados no eran como los pechos de una mujer y desde luego eran más pequeños. Cuando se hizo mayor se dio cuenta de que debía de haber visto el sombrero en una foto.

Mentiras.

Enid no se lo había preguntado aún, no había hablado. Aún no había nada que la impulsara a preguntar. Todavía era *antes*. Todavía el señor Willens había conducido hasta el estanque de Jutland deliberada o accidentalmente. La gente aún lo creía así y por lo que concernía a Rupert, Enid también lo creía. Y mientras fuese así, esa habitación, esa casa y su vida mantenían una posibilidad distinta, una posibilidad totalmente diferente de aquella con la que había vivido (o que había idealizado, como quiera que se quisiese ver) durante los últimos días. Esa posibilidad diferente se le acercaba cada vez más y lo único que debía hacer era cerrar la boca y dejar que todo siguiera su cauce. Con su silencio, con su colaboración silenciosa, cuánto beneficio se obtendría. Para los demás y también para ella misma.

Eso era algo que sabía la mayoría de la gente. Una cosa sencilla que le había costado mucho comprender. Era de esa forma como se conseguía que el mundo fuera habitable.

Comenzó a sollozar. No con pena, sino con un arrebató de alivio que no se había ni imaginado. Por fin observó la cara de Rupert y vio que sus ojos estaban enrojecidos y que la piel que los rodeaba estaba seca y rugosa, como si él también hubiese llorado.

—No fue una mujer con suerte —dijo Rupert.

Enid se excusó y fue a por su pañuelo que estaba sobre la mesa, en su bolso. Se avergonzó por haberse arreglado para un destino tan melodramático.

—No sé cómo no me he dado cuenta —dijo—. No puedo ir andando hasta el río con estos zapatos.

Rupert cerró la puerta del salón.

—Si quieres que vayamos, todavía podemos hacerlo —dijo él—. Debe de haber un par de botas de goma que te sirvan en alguna parte.

No las de ella, pensó Enid. No. Las suyas serían demasiado pequeñas.

Rupert abrió un cubo que había en la leñera, al lado de la puerta de la cocina. Enid nunca había mirado en ese cubo. Siempre había pensado que contenía leña para la lumbre, que no se necesitaba en verano. Rupert sacó unas cuantas botas de goma sueltas, e incluso botas para la nieve. Trató de buscar la pareja.

—Me parece que éstas valdrán —dijo—. Puede que fueran de mi madre. O puede que fueran las mías antes de usar una talla tan grande.

Sacó lo que parecía una pieza de una tienda de campaña y luego, tirando de una correa rota, una vieja cartera de colegial.

—Había olvidado todo lo que había aquí dentro —dijo él, mientras ponía todo en su sitio otra vez y echaba encima las botas inservibles. Dejó caer la tapa al tiempo que lanzaba un suspiro muy personal, quejumbroso y resignado.

Una casa como aquélla, donde había vivido una familia durante tanto tiempo y abandonada en los últimos años, estaría llena de cubos, cajones, estantes, maletas, baúles y espacios repletos que le tocaría organizar a Enid, rescatando y etiquetando unas cosas, restaurando otras para poder utilizarlas, y tirando otras al vertedero. Si se le presentaba esa oportunidad no eludiría la responsabilidad. Convertiría aquella casa en un lugar sin secretos e impondría el orden.

Rupert dejó las botas en el suelo frente a Enid mientras ella se inclinaba para desabrocharse los zapatos. Enid percibió, bajo el olor del whisky, el amargo aliento de una noche sin sueño y un largo y duro día; sintió el olor de una piel profundamente empapada de sudor, de un hombre de trabajo duro, que ningún lavado —o al menos el lavado al que él se sometía— terminaría de limpiar. No había un solo olor corporal, ni siquiera el olor a semen, que no le resultara familiar, pero había algo nuevo e invasor en el olor de un cuerpo que no se encontraba ni bajo su influencia ni bajo su cuidado.

Eso estaba bien.

—A ver si puedes caminar —dijo él.

Podía caminar. Caminó adelante, hacia la verja. Rupert se inclinó sobre sus hombros para abrirle la verja. Ella esperó mientras echaba el cerrojo y luego se hizo a un lado para que se adelantase, pues Rupert había cogido un hacha pequeña del cobertizo para despejar el camino.

—Se supone que las vacas se comen los pastos —dijo Rupert—. Pero hay cosas que no comen las vacas.

—Sólo había estado aquí una vez. Temprano por la mañana —dijo Enid.

Lo desesperado de su estado de ánimo le parecía infantil.

Rupert caminaba cortando las grandes y carnosas ortigas. El sol lanzaba una luz plana y polvorienta sobre la masa de los árboles de delante. El aire estaba limpio en algunos lugares y luego, repentinamente, se le echaba encima una nube de bichos diminutos. Los bichos no eran mayores que motas de polvo, estaban siempre en movimiento y se juntaban para formar columnas o nubes. ¿Cómo se las arreglaban para hacerlo? ¿Y cómo elegían un lugar y no otro para hacerlo? Tendría que ver con la alimentación. Pero nunca parecían estar lo bastante quietos como para alimentarse.

Cuando ella y Rupert pasaron por debajo del techo formado por las hojas estivales, ya oscurecía, casi era de noche. Había que tener cuidado para no tropezar con las raíces que sobresalían a lo largo del sendero o darse golpes en la cabeza con las enredaderas, de sorprendente dureza. Y entonces el destello de las aguas a través de unas ramas negras. El brillo de las aguas de la orilla opuesta del río, los árboles todavía adornados por la luz. A este lado —ahora bajaban por la orilla en medio de los sauces— el agua tenía el color del té pero estaba clara.

Y la barca esperaba balanceándose entre las sombras, exactamente igual.

—Los remos están escondidos —dijo Rupert. Se dirigió hacia los sauces para localizarlos. Durante un instante ella lo perdió de vista. Se acercó a la orilla, donde sus botas se hundieron un poco en el barro y quedaron atrapadas. Si se lo proponía, todavía podía oír los movimientos que hacía Rupert entre los arbustos. Pero si se concentraba en el movimiento de la barca, un movimiento leve y secreto, sentía como si todo lo que la rodeaba se hubiese aquietado.